

SIETE... Y LA ETERNIDAD

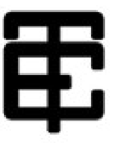
JOHNNY GARLAND

Colección Espacio

Siete...
y la eternidad

por

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Núm. de Registro: 1.105 - 1962

Depósito Legal: B. 8.907 - 1962

IMPRESO EN ESPAÑA

Printed in Spain

Impreso por Ed. Toray, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO
CÓMO OCURRIÓ



L culpable fue aquel hombre. Solamente él. Pero pudo haber sido otro.

Cualquiera pudo haber presionado la palanca. El error fue suyo, ciertamente. Pero la realidad es que los errores venían ya de muy lejos. Otros muchos, más importantes y responsables que él, los cometieron antes. Él no hizo más que cometer el último de la serie de errores: mover la palanca. Eso fue todo.

Por auténtica ironía del Destino, aquel hombre quedó en la oscuridad, en el anónimo. Nadie iba a saber si el responsable de lo que luego sucedió se llamaba Smith, Salkoff, Dubois, Brown, Alejovitch o Marcel. Su identidad quedó en la sombra, para siempre; ya hemos dicho que el error no fue suyo más que en una proporción infinitesimal. Aunque fuera el decisivo.

Y todo sucedió de un modo tan simple...

El técnico encargado de la cabina de controles del Servicio Nacional de Defensa Nuclear se había sentido indispuesto a última hora, poco antes de su relevo. Informado de ello, el Jefe de Defensa encargó la labor a otro. Era un técnico suplente, pero tan experto

como cualquier otro. Se habían previsto tales emergencias.

Lo que nadie supo prever fue que el técnico suplente tuviera nervios. Y que fuese desconfiado por naturaleza. Estos dos factores pesaron mucho a la hora decisiva.

El técnico suplente se acomodó ante el complicado cuadro de controles que servían para mantener el país fuertemente protegido contra cualquier agresión atómica. Pantallas de radar, electromagnetos, campos magnéticos, disparadores automáticos de proyectiles intercontinentales, armas antinucleares y mil formas más de frenar la agresión y replicar a ella.

Era uno de los países poderosos. Uno de los que disputaban la hegemonía mundial. No importaba cuál pudiera ser. De cualquier manera, el error también pudo haber sucedido en otro país. Eso fue completamente episódico. Por encima de nacionalidades e ideas estaba el Hombre. Hombres eran los encargados de tales sistemas defensivos y agresivos, en ambos bloques beligerantes... o a punto de explotar al menor pretexto. Y los hombres cometen errores. Los hombres pueden ser sutiles, inteligentes y geniales... o pueden ser torpes, impresionables y necios...

Aquél fue algo de todo eso. Como pudo serlo cualquier otro. Nadie debería acusarle, aunque existiera en algún lugar tal acusador. Él quizá se dejó sugestionar. Estaba leyendo la última edición de los diarios. Eran sensacionalistas y pesimistas. Como siempre, de unos años a esa parte.

Las noticias exclusivamente técnicas, los progresos científicos de una era de relativa paz, apenas si figuraban allí. En una columna perdida en la tercera página, se hablaba de la nave espacial recién lanzada en dirección a los lejanos planetas, con un grupo de seres humanos a bordo, en conmemoración del Gran Congreso Mundial de Astronáutica. Se sabía que tardarían, si todo iba bien, un par de años al menos, en regresar a la Tierra.

Pero eso, por su gran alcance científico, carecía de importancia para los buitres de la Prensa. Eran los temores de agresión, la amenaza de la guerra, las últimas amenazas proferidas por unos y otros en la sede de las Naciones Unidas, cada vez más desunidas. Los anuncios de nuevas armas termonucleares, de variaciones sobre la siempre temida Bomba H. Armas basadas en él cobalto radiactivo, ingenios nucleares cuyo número de megatones se contaba por centenares...

Todo esto figuraba en grandes caracteres, todo esto lo devoraba, día tras día, aquel oscuro científico, profesor de energía termonuclear de alguna Universidad importante, única forma de

llegar a semejante cargo. Un hombre consciente, pero nervioso. Inteligente y bien preparado, pero impresionable. Y sugestionado por mil noticias amenazadoras, obsesivas, inquietantes…

Su época tuvo la culpa. Decir eso sería lo justo. Sus contemporáneos le excitaron, le hicieron perder la fe en el sentido común de una Humanidad cada vez dotada de menos sentido, común o no.

Lo cierto es que, de súbito, la pantalla de radar de emergencia se iluminó. Una lucecilla brillante cruzó la pantalla. Era exactamente lo previsto. Así se produciría el hecho, cuando un proyectil atómico intercontinental volase hacia la capital del país…

Simultáneamente, el campo electromagnético de seguridad se sintió agitado. En otra complicada pantalla surgieron ondas, radiaciones magnéticas que acusaban la presencia del objeto temido. Y, por si eso fuera poco, los contadores Geyger a distancia, acusaron sensiblemente un aumento peligroso en la radiactividad del aire.

¡Signos de alarma!

Todo esto, y sus nervios, le impulsaron a actuar. No quiso esperar. No tuvo la suficiente serenidad, en el momento supremo, como para aguardar e informarse. Aún había tiempo de frenar el objeto, de identificarle. Podía ser un meteoro, un cuerpo celeste, radiactivo, pero desligado de toda relación con el ser humano. En realidad, así era.

Pero el hombre de los controles no lo supo. Ni siquiera lo sospechó. Al menos cuando aún se podía hacer algo.

Las órdenes habían sido tajantes: «Si hay agresión, dispare las armas defensivas. Oprima el resorte de disparo de los proyectiles intercontinentales de cabeza nuclear, para repeler automáticamente la agresión y anticiparse así al enemigo.»

Perdió la cabeza al disparar un arma defensiva, que subió al encuentro del proyectil aparentemente nuclear que se venía sobre la ciudad, y ya la tenía totalmente perdida cuando pulsó la famosa palanca.

Cien, doscientos, quizás quinientos proyectiles atómicos, partieron en busca de su lejano blanco, el del país que se suponía «agresor» en aquellos momentos. Era la guerra. Una guerra feroz, despiadada, implacable. Con ciudades aniquiladas, con millones de muertos, con todo lo que luego seguiría…

El proyectil defensivo hizo estallar inofensivamente al meteoro culpable del error. No sucedió nada en aquel país. Por el contrario, la hecatombe llegó, pese a todas las urgentes medidas defensivas de

todas las torres de control. El ataque fue terriblemente amplio y masivo para ser frenado.

La respuesta de aquel país tampoco se iba a hacer esperar. Y era, naturalmente, un lanzamiento también masivo de proyectiles atómicos de terrible magnitud y potencia, sobre el país que, a su vez, se convertía en «agresor» para ellos.

Los mutuos recelos, las desconfianzas, la falta de generosidad y de fe en el Hombre para el Hombre, era el principal culpable de todo. No aquel pobre hombre, nervioso y excitado por las nubes sombrías de una época desquiciada y ruin, que en su cabina de controles realizó la acción decisiva, condenando a todos a un horror sin precedentes.

Pero cuando él cometió su equivocación, cuando desencadenó el caos... el horror estaba creado ya. Existía, porque el ser humano vivió durante décadas enteras dedicado a elaborar, concienzuda y fríamente, su propia destrucción.

Ahora, no hacía más que recoger su propia cosecha, lo que sembró con odio, rencor, ira y falta total de piedad, de respeto hacia sí mismo, hacia sus semejantes y hacia el mismo Dios...

No, aquel ignorado profesor de una olvidada torre de control defensivo y agresivo a la vez, no tuvo tanta culpa como muchos pudieron creer...

* * *

«—La nube radiactiva, que se ha extendido ya sobre todo el norte de Europa y América, obligará a los países beligerantes a firmar la paz urgentemente... Se dice en los medios políticos de Londres y de París, que todos los países deben unirse ahora para evitar el caos final: la muerte de los seres humanos, bajo la radiactividad... Ésa es la gran amenaza que pesa sobre nuestras vidas...»

Era una noticia que se podía escuchar en todos los idiomas existentes, a través de todas las emisoras mundiales de radio o televisión. Pero los países enzarzados en la feroz lucha no parecían escucharla. Aún vacilaban en acordar la paz. Aún discutían, aún se amenazaban...

Existía una superarma. Una bomba suprema, capaz de provocar el caos final. Uno de ellos decía tenerla. El otro anunciaba su casi inmediata realización. Los llamamientos de las demás naciones, pidiendo cordura en la hora suprema, en que todos debían unirse para luchar contra la mortífera nube radiactiva que ya se iba extendiendo, provocando millones de muertos por todos los países, cayeron en saco roto. Nadie escuchó. Hombres ensoberbecidos y

furiosos se enfrentaban.

La superarma se lanzó, finalmente.

Fue en una fría, nubosa mañana invernal. Quizás alguno de los prohombres se levantó malhumorado. Lo cierto es que se dio la orden de disparar la superarma.

Y la bomba resultó demasiado potente.

El mundo no llegó a enterarse siquiera de su estallido. La noticia no salió de los teletipos informativos. Todo terminó allí mismo.

Porque la superbomba provocó una explosión termonuclear en cadena. Se incendió la atmósfera, todo el oxígeno, contagiado por el atroz estallido, demoníaco, ocurrido sobre una ciudad importante, una de las más hermosas ciudades y orgullo de la civilización moderna... Su nombre tampoco importa mucho, ya que no fue la única destruida.

Con esa ciudad, saltó todo en mil pedazos. La Humanidad entera fue aniquilada en aquella fría mañana invernal de finales del Siglo XX. Un trágico, sombrío y lamentable siglo que, siguiendo las profecías de los antiguos, fue espectador del final de la vida sobre la Tierra.

Nostradamus, en su tumba, debió de sentirse feliz de haber acertado también al profetizar un año 2000 con una superficie terrestre limpia de seres vivos...

Sucedió todo a las ocho y media de la mañana. Una hora en que la luz del día, gris y apagada, intentaba dominar las sombras de la noche. Una hora en que millones de seres se levantaban de sus camas, calientes y confortables, para lanzarse a la fría jornada de trabajo.

No llegaron. No llegaron jamás a su trabajó, porque no hubo trabajo. Nadie les pudo reñir por ello, porque nadie existía para hacerlo, ni nadie para recibir la reprimenda. Las calles y los edificios se quedaron oscuros y silenciosos... Las calles eran como avenidas de cementerios eternos y herméticos. Los campos se agostaron, bajo el caos ígneo de la atmósfera.

Hierbas, arbustos, animales, árboles, absolutamente todo se extinguió en un instante universal y terrible....

El final había llegado. Cuando pasó, todo pareció tan simple y tan carente de importancia, que a las nueve menos veinte de aquel mismo día, según marcaba un reloj, milagrosamente indemne, en lo alto de una torre, ya nada existía. Ni nadie...

La vida había concluido.

Un viento gélido y ardiente a la vez, rumoroso y punzante, silbó por avenidas desiertas, por rutas y carreteras abandonadas, donde

yacían restos de automóviles destrozados o simplemente abandonados, desiertos, con sus ocupantes desintegrados por el huracán atómico…

Los refugios demostraron ser inútiles por completo para protegerse de la hecatombe. Ésta superó a todas las previsiones y también el viento destructor penetró en los subterráneos blindados de hormigón, cemento y acero, calcinando o disolviendo a los seres que en ellos se refugiaban…

Había sido el fin…

¿El fin de la Humanidad? Lo parecía. Ante el mundo destruido, silencioso, desierto, vacío de almas y de cuerpos, de mentes y de corazones, de pálpito y de sonidos… se abría la tremenda noche de la Eternidad.

¿El fin de la Humanidad? Sí, tal vez. Pero ¿y después? ¿No existiría un «después» para el Mundo, víctima de sí mismo?

¿Era realmente llegado el Día del Juicio Final, en que el Hombre tuviera que enfrentarse a Dios? Si así era, los Clarines permanecían mudos y la Sala Infinita de la Suprema Justicia Divina, desierta aún de Acusados…

Sí, quizá iba a existir un «después», por fantástico que pareciese.

Pero, como hubiera dicho Kipling… eso era ya otra historia…

CAPÍTULO II
LOS SEIS



ELIZ Año Nuevo, amigos...

—¡Feliz Año Nuevo, Paul! —fue la respuesta a coro.

La botella de champaña fue descorchada ruidosamente. Todos rieron, mientras escapaba el chorro burbujeante del dorado líquido. Las copas se alargaron rápidamente. La mano del negro actuó eficientemente, llenando hasta la mitad cada una de ellas con el burbujeo alegre y picante.

Se alzaron las copas. De nuevo se repitió la felicitación cordial y efusiva:

—¡Félix Año Nuevo!

—¡Feliz Año Nuevo, amigos!

Entrechocaron las copas. Faltó quizás el tradicional tintineo del cristal. El plástico no sonaba. Pero la alegría jubilosa del grupo compensó todo eso. Rieron y bebieron. Uno de ellos tosió y, al hacerlo, tuvo que coger resuello, ante las risas de todos.

—Perdonad —dijo jovialmente—. Nunca fui muy aficionado al champaña...

—¡*Oh, la la*! —le amenazó con un dedo el joven de cabello castaño y ojos grises, soltando una carcajada—. ¡No sabes entonces lo que te has perdido, Karl!

—Yo prefiero la cerveza de mi tierra, Marcel —respondió el llamado Karl. Alzó la copa—. Pero, en conmemoración de este día, beberé champaña.

—¡Hurra! —saltó el negro Paul—. ¡A esto se le llama estar todos de acuerdo!

—Somos pocos, pero bien avenidos —rió Marcel—. No todos pueden decir lo mismo en el mundo, ¿no os parece?

Rieron todos de nuevo. Luego, dejaron sus copas. Comenzaron a cantar a coro. Cada uno en su lengua, coincidieron en su canción: «For old long shyne», o canción del Aniversario...

Al final, habló Paul, con la entonación profética, solemne, de los de su raza:

—Esperemos que el nuevo Siglo XXI sea como una nueva y maravillosa era para la Humanidad. Que se olviden odios y rencores, y todos trabajen por el bien común, por la paz, por las conquistas técnicas y científicas, por la victoria sobre las enfermedades que aún no hayan sido vencidas...

—Feliz año dos mil a todos —suspiró Pierce Nelson, otro del grupo—. Sin distinción de pueblos, de lenguas ni de razas...

—Feliz Año, Pierce —le deseó sinceramente Paul Jameson, el joven negro, con una mirada cordial y agradecida—. Dios habló como tú, a todas Sus criaturas. Pero no todas le oyeron...

Sin querer, Pierce dirigió una mirada de soslayo hacia Harry Wagner, que permanecía ahora silencioso, contemplando su copa, no lejos de Igor Zadov. Wagner observó la mirada. Endureció su gesto, clavó los ojos en el negro y luego inclinó la cabeza, sin añadir nada. Se alejó, como al azar, hacia la puerta cercana a él.

—Disculpad —dijo, ya cerca de ella—. Creo que con la celebración del nuevo año, hemos olvidado un poco nuestras obligaciones.

Nadie le respondió. Se miraron todos entre sí y luego miraron a Jameson. El negro sonrió benignamente.

—No le culpen de nada —dijo en voz baja—. Él no es responsable de eso.

—Creo que aquí todos pensamos de distinto modo que Wagner —apuntó Haussman.

—Bueno, no se le puede echar demasiado en cara. Él es de Tennessee... —sonrió Jameson—. Ya saben que allí se fundó el Ku-Klux-Klan, aquella vieja sociedad racista. Él heredó algo de todo eso, a fin de cuentas. Pero no es mal chico.

—Mi pueblo heredó también algo de eso —intervino Karl Haussman gravemente—. Sólo que supimos sacudirnos el complejo de superioridad racial. Pero costó generaciones. ¿Por qué no ha de evolucionar también el sur de los Estados Unidos?

—Todo llegará —sonrió Marcel Roger, conciliador—. Demos tiempo al tiempo. Y evitemos tensiones a bordo. Será mejor así, creedme. Después de todo, no ha habido incidentes en el viaje. Me repugnan las ideas de Wagner, pero allá él con sus pensamientos. No podemos influir en él, amigos.

—El viaje aún no ha terminado —observó lentamente Igor Zadov—. Aún podría haber incidentes, Roger. Uno se vuelve más y más irritable, cuanto más dura el encierro entre estas paredes de metal.

—Somos personas a toda prueba, Zadov —le hizo notar Marcel

—. Elegidas en cada país, miembro del Gran Congreso de Astronáutica Internacional. No padecemos claustrofobia.

—Me pregunto si no terminaremos padeciéndola, cuando esto acabe —refunfuñó el ruso, alejándose preocupado.

Marcel soltó una carcajada, aunque en el fondo estaba de acuerdo en lo duro de la prueba que suponía mantenerse dos años allí dentro.

Aunque de esos dos años, ya había transcurrido más de uno. Los seis hombres del «Argos» se conocían perfectamente. Habían empezado a conocerse en el vuelo Tierra-Marte. Ahora, era el regreso.

—Os confieso que Marte me ha defraudado —dijo de repente Pierce Nelson, el inglés, como si hubiera captado el hilo de los pensamientos de Marcel—. Un planeta desierto, inhóspito, desagradable… ¿Para qué habrán luchado tanto los hombres, durante siglos enteros, por conocer mejor el planeta rojo?

—Por la misma razón que hemos hecho nosotros este viaje espacial —hizo notar Jameson, el negro—. Y por la que otros hombres volverán a Marte, cuando nosotros informemos de cuanto hemos visto. Es la fascinación de lo misterioso, la atracción de lo lejano. El espacio y los planetas atraen, no os quepa duda…

—Paul tiene razón —aceptó Haussman—. Yo también volvería a Marte de nuevo. A pesar de que uno pierde dos años de su vida encerrado en esta maldita cápsula de metal…

—Mis fotografías de Marte harán época, ya veréis —suspiró Nelson—. Me pagarán miles de «créditos» por ellas. Pero os confieso que el dinero es lo de menos. Creo que, a pesar de lo harto que estoy de vuelos espaciales, también volvería… sólo por tomar más fotografías, por ver si hay algún animal vivo en ese planeta…

—Tal vez lo haya —aceptó Marcel Roger—. Pero sabes que no podíamos permanecer más de lo debido en él. No era prudente. Las tempestades de arena podían dañar el «Argos».

—Y eso hubiera significado quedarse allí para siempre —Zadov se estremeció, volviéndose hacia ellos—. Cielos, qué idea… Prefiero ser desterrado a Siberia.

—Tal vez algún día se lleguen a construir colonias terrestres en Marte —apuntó Haussman—. Según el proyecto de las campanas oxigenadas y herméticas del profesor Ballinger, sería factible realizarlo. Enviando una expedición de varias naves mucho mayores que ésta por supuesto.

—Todo se andará —asintió Paul Jameson, con una expresión casi mística en su rostro de color oscuro, de ojos bondadosos e

inteligentes—. Nosotros hemos sido como los pioneros de una gran aventura del futuro. A veces… a veces siento como si Dios nos hubiera elegido precisamente a nosotros para algo grande, para algo supremo…

—Bah, no hagas mucho caso de eso que sientes —dijo Nelson, de mala gana—. Lo grande ya lo hemos hecho. De momento, seremos héroes del espacio, los primeros cosmonautas reales, que se alejaron millones y millones de millas de la Tierra. Luego, otros subirán más alto, lograrán más… y nosotros pasaremos a la historia en el más pobre de sus aspectos.

Jameson no respondió. Estático, parecía ver más allá que los demás, algo que sólo él podía presentir.

La puerta metálica de comunicación con la cabina contigua se abrió. Todos se volvieron hacia allá. Era Wagner, naturalmente, que regresaba con ellos. Parecía contrariado y perplejo por algo.

—No lo entiendo, muchachos —manifestó secamente el americano.

—¿Qué es lo que no entiendes? —indagó Zadov.

—El transmisor y receptor de grandes distancias no funciona. Parece como si realmente diese señales a la Tierra. Pero nadie contesta, ni recibo yo señales. Por lo tanto, debe haber alguna interferencia, alguna avería…

—¿En nuestros equipos? —se interesó Marcel, el joven francés de ojos grises.

—Eso es lo raro —Harry Wagner se encogió de hombros, irritado —. Lo he examinado todo, y parece normal, sin averías.

—Acaso la avería sea de los equipos instalados en la Tierra — aventuró Haussman.

—O hay interferencias espaciales —apuntó Jameson—. Campos magnéticos, aerolitos, cosas así.

—Yo veré esos aparatos —dijo Igor Zadov, dirigiéndose a la cabina de controles—. Es raro que suceda eso. Y hace ya tiempo… Lo atribuimos a la excesiva distancia, que quizás los técnicos de radio-televisión calcularon mal. Pero ahora, estamos a una distancia desde la cual, en el viaje de ida, pudimos comunicarnos perfectamente. Así que algo sucede…

El ruso desapareció en la cabina de mandos, cerrando la puerta tras de sí. Los demás se miraron inquietos unos a otros.

—Sólo nos faltaba eso —masculló Nelson—. Vivir encerrados en este cuchitril y encima estar aislados de todo el mundo sin posible contacto con nadie. Acabaremos volviéndonos locos…

—Olvídate de eso —le avisó severamente Marcel—. Somos gente

equilibrada y serena. Se supone que fuimos elegidos para esto, porque éramos mejores que los demás. Si no somos capaces de soportar la primera dificultad que surge, habremos de convenir en que se equivocaron y eligieron a un grupo de damiselas histéricas, Nelson.

Pierce no respondió. Inclinó la cabeza, aceptando los reproches de Marcel Roger. Era quizás el francés el más joven del grupo. Pero también parecía ser el más autoritario y firme, llegado el caso.

—Si todo va bien, Marcel, ¿cuándo crees que llegaremos a la Tierra? —intervino Karl Haussman, el alemán, para restar un poco de tirantez a la situación.

—Creo que no más de diez meses, Karl. Quizás solamente nueve, si el vuelo orbital del «Argos» es menos amplio de lo previsto. Pero vale más que pensemos en diez, y así no nos impacientaremos, cuando llegue el momento.

—Diez meses… y en casa —suspiró Paul Jameson—. Será maravilloso, amigos…

—Sí, maravilloso —asintió Haussman, con un gesto radiante—. Ya me imagino cómo estarán las ciudades, los lugares a los que lleguemos, tras el viaje a Marte… La gente se hacinará para vitorearnos, para aclamarnos… Las cámaras de televisión nos captarán miles de veces. El mundo entero nos conocerá y admirará… Seremos famosos, se disputarán el honor de estrechar nuestras manos… Ah, amigos míos. La gloria es maravillosa. Realmente maravillosa. Voy a ser muy feliz allá abajo, cuando pisemos tierra firme, estad seguros…

* * *

—La gloria es maravillosa, Haussman. Ibas a ser muy feliz cuando pisaras tierra firme, ¿verdad?

El alemán, intrigado, miró a Pierce Nelson, que era quien la hablaba así, con voz rebosante de sarcasmo. Se incorporó en la litera del «Argos» en la que estaba tendido y miró fijamente al inglés.

—¿Qué diablos quieres decirme con eso, Pierce? —se interesó—. ¿Te burlas de mí acaso, hermanito?

—No. Pero podría hacerlo. Estabas soñando durante estos diez meses con auténticos delirios de grandeza, con una gloria inmensa e imperecedera. Yo estuve calculando los millones que amasaría con mis fotografías de Marte… ¡Buena pareja de imbéciles estamos hechos tú y yo!

—Oye, oye… ¿A qué viene eso? —se irritó Karl—. El imbécil serás tú, pero no sé por qué has de decirme a mí que yo…

—¡Mira eso! —aulló Pierce, señalándole unas cifras escritas en una cartulina—. ¡Son los resultados del espectro-análisis de la atmósfera terrestre, antes del aterrizaje!

Karl dirigió una mirada vaga a la cartulina. En el acto pegó un brinco. Dilató sus ojos y boqueó casi sin aliento. Era un científico y sabía lo que estaba viendo allí escrito. Con un aullido señaló una de las líneas del escrito.

—¿Qué infiernos significa esto? —rugió, con voz tonante.

«índice radiactivo: 2.780 % de lo tolerable.»

—Eso significa justamente lo que estás leyendo, Karl —dijo gravemente otra voz.

El alemán levantó la cabeza. Miró a Marcel y a Zadov que acababan de entrar en la cabina. El francés era quien había hablado. Perplejo, Haussman tartajeó:

—Pero... pero eso estará equivocado... Indicará «dos, coma, setecientas ochenta milésimas»...

—No, Karl —denegó Zadov sordamente—. Indica justamente «dos mil setecientos ochenta por cien» de lo tolerable por el organismo humano...»

La palidez de Karl Haussman se hizo intensísima. Se tambaleó y se aferró a uno de los barrotes metálicos que unían las tres literas de aquel lado, superpuestas a conveniente distancia una de la otra.

—Pero... pero habrá algún error en los índices... —musitó—. No es posible...

—Entonces, hay error en el espectrógrafo, en el indicador Geyger de grandes distancias y en la pantalla de radiaciones nucleares de a bordo —indicó Marcel, solemnemente—. ¿Lo crees tú factible?

Karl exclamó:

—No. Pero, Marcel, tú sabes que si existiera ese índice radiactivo en el aire terrestre, significaría que... que...

—... Que no hay nadie vivo en el mundo —remachó Marcel Roger gravemente.

—Sí...

—Es, justamente, lo que pensamos —confirmó el ruso lentamente.

Karl Haussman se dejó caer en la litera. Un frío sutil recorrió su espina dorsal. Una sensación de abatimiento, de angustia y de horror sacudió su ser aletargado por la tremenda noticia. Miró como en sueños a sus amigos y camaradas de aquel viaje espacial.

—Eso explicaría el silencio constante de la radiotelevisión —dijo

Marcel, abstraído—. Es cierto que se envían señales y éstas se reciben en la Tierra. Hemos recibido rebotes radiomagnéticos que así lo acusan en nuestro sistema de radar. Pero a eso se limita todo, Karl. Sólo reflejos de señales «nuestras». El sistema funciona... pero nadie responde. Porque «nadie» puede hacerlo. Porque todos están muertos.

—¡Oh, no! —jadeó Karl, maltrecho.

—No tenemos a quien llorar, después de todo —manifestó roncamente Roger—. Se pidieron hombres sin familia, que no pudieran sufrir añoranzas, nostalgias, depresiones y todo eso. Ninguno de nosotros tiene esposa, hijos, padres o hermanos. Fuimos elegidos casi con perfección absoluta. Como autómatas, Karl. Eso ya es algo en estas circunstancias, si el horror de lo presentido se confirma. Al menos, no tendremos a quién llorar,

—Pero había amigos, gentes estimadas... —jadeó Karl—. Y mujeres, y niños, y ancianos...

—Sí, sabemos que había todo eso —aprobó Zadov con voz grave —. Pero si hay realmente el dos mil setecientos ochenta por ciento de lo tolerable en radiactividad, habremos de irnos adaptando a la idea tremenda de que nos hemos quedado solos. Solos los seis... ante la muerte del Mundo, Karl...

—Solos los seis... en la Eternidad de la Nada, del Fin Supremo... —corroboró con voz estremecida de angustia y de horror, el joven Marcel.

CAPÍTULO III
LA NADA



UÉ es lo que pudo suceder?

Era una tremenda pregunta. Y tenía, por toda respuesta, un tremendo silencio, más allá de los visores del «Argos», más allá de las pantallas fluorescentes de la televisión interior de la nave espacial.

La muda respuesta del vacío y de la Muerte…

Era Harry Wagner quién hizo la pregunta, quien miraba con ojos desorbitados «aquello» que se ofrecía ante ellos, como una nueva concepción infernal de Dante. Los demás, los que, hacinados en torno al norteamericano, miraban también hacia el exterior, hacia el lugar recién tocado por los reactores de cola del magnífico proyectil, obra del hombre que volvía de lejanos mundos, de remotos horizontes cósmicos, allí donde otros planetas describían su órbita universal en torno al astro solar del Sistema al que la Tierra pertenecía.

Habían vuelto a la Tierra muy diferente a lo que esperaron todos, en especial Haussman, el hombre que soñó con recepciones triunfales y clamores populares; y Pierce Nelson, al considerarse rico con su colección de fotografías marcianas.

Ahora todo eso parecía tan vacío, tan inútil, tan carente de sentido…

—Dios mío, es… es horrible… —jadeó Paul Jameson, con acento impresionante. Los ojos del joven negro se clavaban, fascinados, en el horror silencioso del exterior, en la faz ignorada del mundo, que por primera vez se mostraba a los ojos de los humanos. De los únicos seres vivos sobre la superficie terrestre—. Ese viento… es como la maldición misma de Dios, como el castigo purificador por los errores y vilezas del Hombre… Nos lo merecimos… Fuimos acreedores a ello, lo sé… Y la Mano del Señor se abatió sobre todos para demostrar lo pequeños que somos y lo soberbios que fuimos, sin razón para ello…

Harry Wagner se volvió, irritado y furioso contra Jameson. Replicó, virulento:

—¡Calla de una vez, maldito negro! Ya es de por sí demasiado espantoso, para que tú nos vengas ahora con citas bíblicas, maldito seas...

Jameson le miró. Casi compasivo. Y habló lenta, humildemente:

—Es la última página de nuestra historia, Wagner. La de todos los hombres juntos... El libro se cierra. Y dentro de él, quedaremos también nosotros. Usted, yo... y los demás. El color de la piel no le salvará de morir...

Wagner se enfureció. Saltó rabiosamente sobre el negro. Le golpeó en pleno mentón con los nudillos, y Jameson, sin defenderse, retrocedió bajo el impacto del puño. Por la comisura de sus labios fluyó un hilillo sangrante. Pero el gesto del hombre de color no reflejó ira ni rencor. Simplemente compasión, lástima por el otro.

—Me pega inútilmente, Wagner —dijo, con su escalofriante sencillez—. Esto tampoco va a salvarle de rendir sus cuentas al Señor...

Wagner, juró furioso, quiso cargar contra Jameson. Rápido, Marcel Roger se interpuso y disparó su zurda secamente. También él sabía pegar. Lo demostró, encajando el impacto de sus nudillos en pleno hígado de Wagner. El americano tosió secamente y se dobló bajo el golpe.

—Estese quieto, Wagner —avisó con frialdad Roger—. Por las apariencias, sólo estamos vivos nosotros. Al menos, en los Estados Unidos. Es preferible que mantengamos cierta paz entre nosotros. Y me gustaría que se guardara sus opiniones para usted. Jameson es tan amigo nuestro como usted. Y él no se mete con nadie...

Harry Wagner se mordió el labio, inferior, muy pálido. Quizá por el golpe. O acaso por la réplica agresiva de Roger. Observó que los demás, pese a su aire pasivo, parecían situarse del lado de Roger y de Jameson. Miró con odio al negro. Y habló entre dientes:

—Está bien, evitemos peleas. ¿Quién va a salir a averiguar lo que pasó?

—Nadie... por el momento —replicó Roger con firmeza—. Nuestra nave es antirradiactiva. Aquí estamos seguros. Al menos, más que ahí fuera.

—Tenemos trajes espaciales, refractarios a las radiaciones cósmicas y nucleares —le recordó el ruso Zadov—. ¿No valdría la pena arriesgarse, Roger?

—No lo creo. De momento, esto es más seguro. No sabemos si los trajes resistirán esa proporción radiactiva del aire exterior. Es más, los detectores acusan una escasez terrible de oxígeno. Una

gran parte se quemó o agotó, no sé por qué causas. Es respirable, pero difícilmente. Tenemos oxígeno de reserva aquí dentro. Puro y respirable en un ciento por ciento. Nuestro depósito generador de oxígeno nos proporcionará además nuevo aire. Ahí fuera todo es problemático ahora.

—También aquí —le avisó Karl Haussman—. Esta nave del espacio se hizo pensando en radiaciones cósmicas o atómicas… pero no en una proporción tan mortífera como esa que impera en el exterior, Roger…

Marcel asintió lentamente, volviendo al visor de grueso cristal hermético e irrompible, que les separaba de la visión extraña e inquietante del exterior.

—Lo sé —dijo—. Lo sé muy bien, Karl. Nada es seguro ahora. Tanto podemos morir aquí dentro, como ahí fuera… Pero es preferible aguardar aquí. Tenemos un ligero margen favorable…

Nadie le respondió. Todos comprendían lo razonable de su réplica. Los ojos de todos se dirigieron ahora a la amplia pista del espaciódromo de Washington, visible al otro lado de la vidriera.

Era escalofriante advertir las que antes fueron pistas de lanzamiento de aerocohetes hacia la Luna, hacia el espacio en general, a la conquista del Cosmos, empresa ambiciosa de una Humanidad que pretendía llegar hasta los remotos astros del Universo… y que se había convertido en polvo a ras de tierra.

El viento soplaba, agitando gallardetes, banderas, cortinas del edificio plástico y metálico del espaciódromo… Polvo, hojarasca reseca, corrían por las pistas desiertas y silenciosas bajo un cielo plomizo, de un gris lívido y mortecino. No se veía a nadie, nada se movía por parte alguna. Aquel viento sibilante, extraño, parecía llegar de los mismos cielos nubosos, como un soplo de maldición y de muerte. Y no arrastraba más que cosas muertas, objetos inanimados…

No había luces, no había señales, no había un solo signo de vida en parte alguna. Casi se podía respirar la muerte desde el interior del «Argos», la nave que volvió del Cosmos…

—Me gustaría saber lo que sucedió —dijo roncamente Igor Zadov.

—Y ¿a quién no? —arguyó débilmente Pierce Nelson—. Ha debido de ser horrible…

—A mí me gustaría saber algo más: quién lo empezó —era ahora Wagner quien hablaba.

—También a mí —repuso Zadov, como un sordo eco.

Los dos se miraron largamente. Cortó la discusión el propio

Roger:

—¿Qué importa eso ahora? Todos lo hicimos. Todos lo hicieron. Es una culpa general. No podemos considerarnos inocentes por completo de este horror.

—Un momento, Roger —intervino vivamente Haussman—. Estamos dando por sentado que en el mundo entero ha desaparecido todo vestigio de vida humana.

—¿Acaso no es así? —argumentó Jameson.

—No podemos estar seguros. Hemos visto que Washington es una ciudad desierta. Pero hay otras ciudades, otros países. Disponemos del «Argos». Y el «Argos» produce su propia energía, al tiempo que la consume por otro lado. Eso nos da cierta facilidad para desplazarnos a buena altura, para examinar todo el globo si es preciso, en busca de algún signo de vida humana…

—No es mala idea —aceptó Roger, pensativo—. Podríamos hacerlo, ciertamente. Eso nos daría una seguridad plena. Aunque los intentos que hemos llevado a cabo a través de radio y televisión basten, a mi juicio, para dar por cierta la horrible teoría…

—Tal vez los que hayan sobrevivido carezcan de radio y televisión. O no sepan cómo utilizarla, en el mejor de los casos.

La idea expuesta por Nelson era bastante factible. Roger la aceptó con un signo de asentimiento y se encaminó a los controles. Miró el indicador de energía, casi al tope. Luego comprobó que el índice radiactivo exterior seguía siendo elevadísimo, realmente mortífero, no sólo para seres vivientes, sino también para vegetales y toda clase de formas de vida orgánica, sobre la superficie terrestre.

—Bien, vamos a hacer un viaje rápido —habló brevemente Roger—. Recorreremos América y Europa en principio. Buscaremos cualquier signo de vida en las capitales y ciudades importantes, sobrevolándolas a escasa altura. Luego, de acuerdo con nuestros hallazgos, obraremos de modo conveniente. Si alguien no está de acuerdo con tal decisión, que exponga su propio punto de vista. Escucharé a todos.

La decisión colectiva fue aprobatoria. La idea de Haussman era buena. Y la preocupación de los seis hombres por comprobar si realmente existía vida en la Tierra, o hasta el último vestigio había desaparecido, sometiéndoles a ellos a la tremenda prueba de una lenta agonía, solos como náufragos del Cosmos, sobre la isla desierta y mortífera de un planeta saturado de radiactividad, era lo bastante grande como para que ansiaran salir de dudas de una vez por todas.

—Saldremos ahora mismo —dijo con firmeza Roger—. Estad preparados…

Se encaminó decidido a los controles y se sentó ante ellos.

Poco después, el «Argos» se elevaba, dejando atrás el espaciódromo de Washington, azotado por un viento helado y ululante, que parecía llegar de las tinieblas mismas de la Nada, a la que se asomaba el Mundo, sin vida sobre su superficie…

* * *

Era como una fantástica, aterradora procesión, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de continente en continente…

Y el resultado siempre el mismo: Europa, África, América del Centro y del Sur… Todo muerto, silencioso, barrido por aquel mismo viento desolador, bajo aquellas densas nubes plomizas, provocadas por la escasez de oxígeno, por la sobrecarga de metano en las altas capas atmosféricas…

La radiactividad, como veneno invisible gravitaba sobre campos y ciudades silentes, sobre edificios sin luces ni sonidos, sobre países enteros, de cuya faz había sido extinguido todo rastro de vida. Era como si una colosal mano destructora hubiera aplastado a la Humanidad, borrándola del mapa…

El «Argos» sobrevoló las ciudades, los campos, las regiones inhóspitas, convertidas de repente en desiertos de cemento, asfalto, metal y vidrio… A veces, encontraban cuerpos humanos. Un examen a distancia, revelaba la supersaturación de radiactividad. Pero ni siquiera gusanos, reptiles o buitres había para el festín terrible. También todos ellos habían caído bajo el azote de la muerte invisible, desencadenada por la torpeza del ser humano…

—Es aterrador —dijo Roger, enjugándose el sudor de su frente, cuando sobrevolaron Johannesburgo, en África del Sur—. Tampoco aquí hay vida…

—¿Por qué no vamos a Australia, Roger? —propuso Nelson—. Una vez leí una novela. Allí citaba algo relacionado con las corrientes de aire… y sugería la hipótesis de que Australia era el último lugar del mundo que parecería bajo el azote radiactivo…

—Yo también conozco esa novela —suspiró Roger—. No deja de ser una teoría del autor, que podría ser factible, si los vientos siguieran realmente la dirección por él señalada en su libro. Bien, veremos lo que hay de cierto en eso… Vamos a Australia….

El «Argos» aceleró su vuelo en torno a la Tierra, a gran altura, por encima de la atmósfera terrestre para eludir los efectos de la radiactividad prolongada, sobre el cuerpo de la nave, que si bien había sido construida a prueba de radiaciones externas, era posible

que tal magnitud de radiactividad no hubiera sido tenida en cuenta por sus constructores.

Cuando alcanzaron la latitud y longitud que señalaban la situación exacta de Australia, Roger empezó a hacer descender la nave. Nuevamente penetraron en la envenenada atmósfera terrestre, avanzaron hacia tierra, a través de un cielo gris, espeso, maléfico, como terrible sudario de la muerte del mundo…

—Australia… —musitó roncamente Wagner, mirando hacia abajo, al gran manchón que el continente australiano formaba sobre el Pacífico—. Ahí está…

Avanzaron más y más, perdieron altura vertiginosamente… En las costas, ni una gaviota, en el océano ni un pez asomando entre las aguas… Ni un barco, ni una señal de vida, por débil que fuese… Las esperanzas de los viajeros fueron extinguiéndose poco a poco…

Cuando sobrevolaron Sidney, Melbourne, Camberra y otras ciudades, la terrible sospecha se hizo cierta. Descubrieron lo que ya temían. No, el novelista no había tenido razón en eso. Y, si la tuvo, el tiempo de supervivencia había quedado atrás, en el pasado.

Ahora eran ciudades desiertas sin vida alguna las que pasaban bajo el «Argos», como una maldita cabalgada de urbes sin sonidos, sin movimiento. Con las grandes vías sin tráfico, los vehículos abandonados, los papeles y hojarasca arrastrados por un viento lúgubre, que barría el asfalto, que amontonaba basuras y polvo contra los muros…

—Vamos ya —jadeó Jameson, con su oscura piel brillante por el sudor—. Ya… ya hemos visto lo suficiente.…

Roger miró a los demás. Unos asintieron, otros eludieron su mirada. Era un mudo asentimiento. El joven francés se encogió de hombros. Le era igual parar allí que continuar hacia otro lugar cualquiera.

Ahora todos eran iguales. ¿Qué podía importar el sitio de aterrizaje, si nadie iba a ir a esperarles, si no tenían que ver a nadie, si todo había dejado ya de tener el valor que tuviera cuando existía vida en la Tierra?

—Aún no hemos visitado un lugar, Roger —aventuró de repente Nelson.

—¿Cuál, Pierce? —se interesó Marcel Roger.

—Japón —dijo con ironía el inglés—. Tal vez haya vida allí…

Marcel sonrió amargamente. Podía comprender la ironía de Pierce Nelson. Japón, la tierra siempre castigada, siempre asolada por la energía nuclear… tendría gracia que fuese la superviviente al caos mundial.

—Sí, no dejaría de ser un contrasentido —aceptó gravemente—. Pero de eso, no existe ni la más mínima posibilidad, Pierce, y tú lo sabes.

—El viento de la Eternidad ha barrido la Tierra —sentenció en un murmullo Paul Jameson, haciendo estremecer a todos—. No esperemos, encontrar nada capaz de resistirlo…

Y con fervorosa angustia, empezó a entonar un cántico espiritual negro, que llevó el escalofrío a la columna vertebral de todos los presentes.

Harry Wagner pareció a punto de estallar. Pero se contuvo, apretando los labios, en su lívido rostro. Muchas cosas, habían empezado a perder su sentido anterior, se dijo Roger, viendo esa reacción sorda del joven e impetuoso americano.

El «Argos», cual una novísima y fantástica Arca de Noé del año 2.000, avanzó por los cielos nubosos, cárdeno-grisáceos, llevando dentro a seis supervivientes de la raza humana, seis únicos ejemplares de una especie que se aniquiló en su propia soberbia…

Y en su interior, el cántico ritual del joven de color ponía un escalofriante contrapunto de fe y de espíritu de redención hacia la especie humana, confiando en la única idea, en el concepto supremo de la humana existencia, que era lo único inamovible, ahora que todo se hundía, que todo dejaba de ser en torno de ellos: Dios.

Ellos sabían también cuál era su destino: sobrevivir un tiempo, no mucho. Y morir después. Podían también lanzarse al espacio, huir del planeta extinguido, posarse en Marte, en Venus, en otro planeta al cual les fuese factible llegar con su nave espacial a fotones.

Pero ¿qué harían allí, donde tampoco había formas de vida racional? Vegetar, vivir un tiempo incierto… y morir después, extinguiéndose con ellos la vida humana.

No era posible encontrar el nuevo Paraíso terrenal en otro mundo… porque había seis Adanes. Y ninguna Eva…

Y en esta ocasión, todos estaban seguros de que las culpas del hombre eran tan terribles, que Dios no le enviaría a su Eva, para supervivencia de la raza en un lugar menos inhóspito que la Tierra aniquilada.…

—Bien —dijo con un suspiro Igor Zadov—. Ya estamos fuera de toda duda. Sabemos lo que sucede. Y lo que nos sucederá. Hemos quedado en no analizar las causas. Todos las imaginamos fácilmente. Sería imposible determinar quién o quiénes tuvieron la culpa. Quizá todos, quizá nadie… Lo que cuenta ahora es lo que

hemos de hacer nosotros… hasta el día en que nos toque reunirnos con esa legión de millones y millones de espectros, de millones de muertos invisibles, que nos esperan ahí abajo…

Asintieron los demás, mirando al joven ruso. Ahora ya no existían nacionalidades ni rencillas políticas o ideológicas. Incluso todo eso había dejado de tener sentido o valor. Ahora eran solamente seis seres, seis criaturas luchando por alargar su vida, por ser útiles entre sí, a la reducida comunidad que formaban… Al reducto final de la humana especie…

* * *

—Se preguntarán por qué les he reunido aquí —habló Roger con voz lenta.

Los demás le miraron o asintieron, con movimientos de cabeza. El reducido círculo de seis hombres, reunido en la cabina de instrumental y controles del «Argos», se apiñaba, como en una búsqueda desesperada de intimidad, de calor, de cordial afecto mutuo.

Marcel Roger, el joven francés, técnico especializado en Astronáutica y uno de los jefes de la expedición, conjuntamente con Karl Haussman, tomó aliento y entrelazó sus dedos sobre la mesa de superficie plástica, negra y espejeante donde vio reflejados, como en un quieto, helado, estanque negro, las facciones de sus cinco compañeros.

—Quiero, ante todo, que hablemos claro. No vamos a andarnos con rodeos a estas alturas. Desgraciadamente, nuestros temores se han visto confirmados. La especie humana se ha aniquilado a sí misma. Y hemos convenido en no analizar responsabilidades. Dios será quien, en su día, las exija a los seres humanos. Nosotros pertenecemos a una especie culpable, a una raza de locos que creó su propia grandeza y su propio fin. Eso basta para que no podamos considerarnos jueces de nosotros mismos. Aceptado esto, solamente nos queda un camino: vivir. Luchar por vivir el mayor tiempo posible. Siempre, por supuesto, que todos estén de acuerdo en ello. Nuestro destino, ya lo conocen crudamente.

—Y bien crudamente —asintió Haussman—. Vivir en soledad, ir muriendo lentamente… Algún día se extinguirán nuestros alimentos comprimidos. Y entonces será preciso recurrir a alimentos externos. Será igual que comer radiactividad a cada mordisco.

—Justamente. Respirar ese aire es mortal. Ingerir alimentos sometidos a sus efectos también. Ustedes conocen los síntomas de la radiactividad: dolores en el estómago, posteriores náuseas, se devuelven los alimentos, sube la fiebre vertiginosamente… y uno

entra en coma, muriendo en poco tiempo. Supongo que con esa radiactividad, capaz de matar a un elefante en dos minutos, que la Tierra soporta hace meses, no duraremos mucho.

—¿Qué es lo que propones entonces? —aventuró Wagner—. ¿Emigrar?

—Podemos hacerlo —asintió Roger—. La Luna nos ofrece un lugar sin aire respirable, pero limpio de radiactividad. También podemos volver a Marte, intentar el viaje a Venus, o a cualquier otro mundo cercano y habitable.

—Y morir en él, en soledad también —dijo amargamente Zadov —. Irnos agostando, alargar la vida en ese silencio terrible de los mundos, hasta que, enloquecidos, nos demos muerte nosotros mismos o nos aniquile un virus planetario.

—Son los riesgos a correr —suspiró Roger—. De cualquier modo, significamos el fin de la especie humana. Seis Adanes sin Eva… Si aceptamos la vida así, podemos volar a otro planeta. Y vivir unos años… no sé si muchos o pocos.

—O morir en la Tierra misma —musitó Paul Jameson—. Más rápidamente…

—Eso es. Son nuestras dos alternativas. Tenemos donde elegir. Pero no mucho.

—Yo prefiero morir aquí —dijo Pierce Nelson—. Es nuestro mundo, nuestro suelo. Quizá sea un sentimental, pero lo elijo así. Podéis partir. Dejadme un traje espacial, que siempre aísla en un buen porcentaje de la radiactividad, dejadme alimentos y agua comprimida… y buena muerte, hermanos.

Marcel Roger miró a los demás. Sabía que Nelson no bromeaba, aunque lo pareciese. Todo era demasiado serio, demasiado trascendental para hacer bromas. Y el inglés se olvidaba ahora de su «humour», al menos en un ochenta por ciento.

—Bien, ya han emitido una opinión —dijo—. Pierce es muy valiente. O muy fatalista. Se queda. ¿Totalmente decidido, Nelson?

—Sí, del todo.

—Yo también me quedo —dijo de súbito Jameson, pasándose unos dedos trémulos por la oscura faz sudorosa—. Me quedo, Roger. Pienso como Nelson.

—Ya son dos. Wagner, Zadov, Haussman… Ustedes eligen el otro camino, ¿no es cierto?

—¿La emigración a los planetas? —Haussman rió entre dientes —. Como pájaros sin alas, huyendo del frío invierno, hacia tierras más cálidas… Tiene cierta gracia, Roger. No, no, no me gustó nunca la idea de ser pájaro, más que si hubiese tenido alas. Y no las tengo.

Yo también me quedo. Es mi mundo, como dijo Nelson. Morir por morir, quizá sea mejor lo antes posible. Se sufrirá menos. Después de todo la vida no tiene ya muchos alicientes para uno…

Zadov y Wagner se miraron. El ruso y el yanqui no dijeron nada de momento. Pero al volverse hacia Roger, éste intuía ya la respuesta.

—Otro que se queda, amigo —dijo Harry Wagner—. ¿Merece la pena vivir ya en alguna parte? La muerte será como una liberación, Roger. Como despertar de esta odiosa pesadilla…

—Súmame a la lista —añadió Zadov—. Si tú te quieres ir, hazlo. No necesitamos el «Argos» como ataúd. Moriremos en una calle, o en el interior de cualquier vivienda… Quizás abriendo unas latas en una tienda cualquiera…

Sonrió amargamente, con una jovialidad falsa que resultaba aún más lúgubre. Marcel Roger contempló a todos en silencio. Luego irguió la cabeza solemnemente.

—Bien, muchachos —dijo—. Me alegro de que la decisión total sea ésa. Estoy con todos ustedes. Me hubiera quedado igualmente, aunque todos quisieran partir. Creo que, como han ido diciendo uno a uno… ya no significa gran cosa vivir. Hemos sellado nuestro destino. Si los demás murieron… ¿para qué estamos nosotros aquí?

—Me alegro que te quedes con nosotros, Marcel —habló Pierce Nelson—. No me gustaría que nos separásemos los seis… precisamente ahora.

—Haremos el viaje hasta el final —añadió con sorda ironía Karl Haussman.

Marcel Roger asintió, incorporándose. Se encaminó a los mandos. Miró a través de las plomizas nubes que formaban una densa alfombra bajo el «Argos». Ni siquiera la luz infrarroja de los tomavistas de la televisión de a bordo lograba penetrar su densidad.

Roger consultó los controles de situación y la pantalla de radar. Se volvió, con un amago de sonrisa, a los demás.

—Alguien habló antes del Japón, irónicamente. Si les interesa saberlo, precisamente ahora estamos sobre él, en vuelo. Vamos a descender. Quizá sea como una última burla del destino. O como una acusación para todos. Pero la ciudad que precisamente tendremos bajo nuestros chorros de energía cuando nos posemos ahora… será una llamada Hiroshima.

—Hiroshima… —susurró Paul Jameson, con un estremecimiento.

—¿Qué más da una que otra? —dijo Harry Wagner, con el gesto ceñudo—. Vamos abajo, Marcel. Tengo ganas de salir de esta nave, aunque sea para morir en unos minutos o en unas horas. Estoy

harto de encierro. Hiroshima será un buen sitio. Quizá Dios nos quiera recordar el principio de todo el mal...

—El principio del fin... —suspiró roncamente Marcel Roger.

Presionó un mando. El «Argos» comenzó a descender. Rápido y preciso. Hendió las nubes, perforándolas vertiginosamente, en bajada vertical, con los reactores de cola hacia abajo. Se aproximó a la Tierra muerta...

Y, de repente, Pierce Nelson lanzó un grito. Todos le miraron. Estaba lívido. Y señalaba con gesto frenético hacia las pantallas de telecomunicación del «Argos».

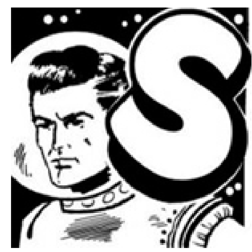
—¡Mirad! —gritó—. ¡Mirad eso!...

Todos se volvieron hacia el lugar señalado por el dedo trémulo de Nelson, al tiempo que éste chillaba:

—¡Señales! ¡Señales de radio... emitidas por alguien desde el Japón!...

Era cierto. Las señales luminosas en la radio-pantalla procedían del Japón situado a sus pies. Quizá del propio Hiroshima... Y solamente una emisora manipulada por alguien podía emitirlas...

CAPÍTULO IV
LA SÉPTIMA PERSONA



ILENCIO profundo, estremecedor, siguió a la declaración asombrosa de Nelson.

Solamente tras unos segundos de vacilación, Marcel Roger se lanzó precipitadamente sobre los mandos, tratando de comprobar con frenética urgencia la procedencia y naturaleza del mensaje.

Habían encontrado supervivientes.

Observó, con faz muy pálida, inclinado ávidamente sobre la pantalla de radio-comunicación electrónica, la luz que pasaba, intermitente, señalando la presencia de un emisor allá en la Tierra. Un cuadro magnético de control automático señalaba la longitud y latitud sobre un tablero luminoso.

Rápidamente, Marcel tomó un cuadro de instrucciones geográficas y buscó en su índice la correspondiente longitud y latitud aparecidas en el tablero. Era un sistema rápido y preciso de localizar un punto emitiendo señales. El dedo se deslizó hasta el lugar señalado: Hiroshima.

¡Las señales venían de la ciudad muerta que tenían a sus pies...! De la primera ciudad del mundo que conoció el horror atómico y la muerte nuclear, muchos años atrás... Era una terrible y escalofriante ironía del Destino.

—Estoy tratando de traducir eso —dijo la voz tensa de Karl Haussman, junto a Marcel ahora, con un bloc y papel, anotando rápidamente—. Con palabras repetidas. Y parece un lenguaje internacional. Quizás el idioma Geofísico Universal, impuesto en 1957 para toda clase de organismos y centros científicos y técnicos de la Tierra...

—Sí, es lenguaje Geofísico —asintió Wagner, tenso cómo todos —. Leo algo ya: «... a la nave espacial... Llamo... llamo... a la nave espacial...»

—¡Diablo, nos ha localizado y nos llama, quienquiera que sea! —farfulló Zadov.

—Es extraño —dijo roncamente Nelson—. Si este caos ha sucedido, como calculamos nosotros, hace cosa de varios meses,

quizás ocho o diez, nadie puede sobrevivir ahí abajo.

—Quizá sea una cinta magnetofónica, situada ante un emisor por alguien que quiso dejar la impresión de que aún vivían los humanos… o para emitir un póstumo mensaje a posibles visitantes del espacio…

—No puede ser —cortó Roger—. Una cinta magnética emitiría en una determinada y única frecuencia y longitud de onda. Quien eso envía ha tenido que localizar previamente nuestra propia frecuencia y longitud, después de localizarnos en el espacio.

—Automáticamente, también sería factible eso —aventuró Haussman, pensativo, escribiendo ahora con rapidez.

—Factible, pero improbable —replicó Zadov.

—¡Un momento! —gritó Wagner—. ¡Ahí dicen ahora algo más…!

—Espere, Wagner, no se excite —le detuvo Haussman—. Ya he traducido todo. El mensaje se repite de nuevo. Escuchen lo que dicen: «Llamo a nave espacial. Llamo a la nave espacial desde aquí… Les he localizado en el radar. Respondan. Digan si vive alguien a bordo. Respondan. Es urgente. Digan si hay seres vivos a bordo. Espero respuesta.»

—¿Eso es todo? —jadeó Marcel Roger, muy pálido.

—Todo, sí.

—Bien. Trata de responder —Roger señaló la emisora de radioelectrofonía a Nelson—. Dile a quienquiera que sea que hay seres vivos a bordo. Que venimos de Marte y nuestra nave es el «Argos». Y que trataremos de localizar su emplazamiento. Que no traemos partículas radioactivas con nosotros, aunque al salir nos saturemos. Y que tenemos trajes espaciales, refractarios a ciertas radiaciones, a bordo del «Argos». Que hay seis para nosotros, y otros seis de repuesto. Anda, responde todo eso, enseguida…

Pierce Nelson asintió, sentándose ante los controles para emitir con urgencia. Los demás, preocupados y tensos, esperaron mirándose entre sí. A excepción de Marcel Roger, que se ocupó de dirigir el «Argos», rumbo a tierra.

Abajo, los últimos jirones de nieblas, densos nubarrones y brumas radiactivas, se abrieron bajo los reactores del «Argos». La nave penetró en una zona diáfana, sobre una ciudad desierta, oscura y silenciosa: Hiroshima.

Una ciudad donde parecía existir alguien con vida.

* * *

—No responden a la emisión nuestra —dijo cansadamente Nelson, dejando la electro-radio—. En cambio, repiten el mensaje

anterior, exactamente.

—Eso parece confirmar la idea de que nos hicimos falsas ilusiones —aventuró Zadov—. Será una cinta magnetofónica, no un ser humano.

—O un ser viviente que no puede captar nuestras respuestas —objetó Roger—. Tan buena es una explicación como otra. Confiemos en que realmente haya alguien en esta ciudad, aunque sigo sin explicarme cómo pudo ser eso posible.

Terminó de ajustarse su rojo traje hermético, de superplast cauchutado, con envoltura anticósmica y antiradiactiva, mientras todos los demás hacían lo mismo con sus respectivas ropas del espacio. Cada una en un diferente y brillante color. Verde, azul, blanco, naranja, violeta... Así, en cualquier lugar se reconocerían entre sí, tal y como había sucedido sobre el suelo marciano, cuando pisaron el rojo planeta de los canales y de las grandes tormentas arenosas.

Luego, tomó la pequeña escafandra esférica, de vitroplast, transparente, diáfano y durísimo a todo impacto o presión. Unos tubos especiales interiores comunicaban sus órganos respiratorios con los depósitos de aire comprimido a altísima presión, en unos pequeños recipientes oblongos, ocultos bajo el traje espacial para mayor seguridad.

Aquellas ropas podrían mantenerles aislados de la tremenda radiactividad exterior durante algunas horas. Quizás, incluso, durante un día o dos. Pero no más. Al menos, Roger no creía que eso fuera posible.

Leyó los índices de radiactividad en los Geyger a distancia: «2.820 %». Todavía mayor virulencia que en los Estados Unidos, quizás porque los vientos del Pacífico se llevaban con mayor intensidad las nubes radiactivas hacia el Japón, eterna víctima de toda prueba nuclear terrestre.

—Bien, amigos, vamos a iniciar la gran aventura —dijo roncamente Roger—. La última de nuestra vida...

Asintieron todos. Cuando ajustaron la rosca de la escafandra en los bordes metálicos del traje espacial, en torno al cuello, sabían que era la operación final. Luego, las manos enguantadas de los seis hombres se agitaron en un mutuo saludo. En una despedida, realmente.

Sabían que en cuanto salieran de la protección del «Argos», en cuanto pisaran el suelo terrestre, agitado por los helados vientos de la muerte y de la desolación, cualquier momento podría ser el de su muerte. Nada ni nadie podía garantizarles la duración de su vida,

una vez sometidos a la acción de la nube radiactiva.

—¡Mirad! —dijo la voz de Jameson, a través de los micrófonos interiores, que emitían luego el sonido por un juego de altavoces que, a la vez, se convertían en receptores para cada hombre ataviado de aquella forma—. Eso es lo que nos faltaba....

Marcel Roger se detuvo en su marcha hacia el compartimento estanco, del que saldrían por el tubo de emergencias hacia el exterior, evitando en lo posible toda contaminación nuclear en el interior del «Argos». Quizás nunca volverían a él, pero no sabían lo que les esperaba. Era mejor no echarlo todo a rodar definitivamente.

Marcel vio lo que señalaba el negro, más allá del visor de vitroplast del «Argos». Estaba empezando a golpear ahora los vidrios, con un tamborileo monocorde, que en cualquier circunstancia hubiera sido inocente, casi sedante, entre tanto silencio.

Aquella lluvia rojiza, tenue, que había empezado a caer sobre Hiroshima, era tan mortífera como si lloviese veneno. La radiactividad condensada en densos nubarrones acumulada en altas capas atmosféricas descendía ahora mezclada con el agua de lluvia, uno de sus mejores conductos de difusión.

Una mirada de reojo al indicador Geyger bastó: en el exterior, el nivel de porcentaje tolerable de radiactividad, subía rápidamente. Ahora, señalaba un oscilante 3.006 que tendía a subir...

—Lluvia —musitó Zadov—. Sólo eso nos hacía falta ahora, Roger...

—Lluvia de muerte —sentenció fríamente Karl Haussman, ceñudo bajo su escafandra esférica, transparente—. En fin, no será mucho peor, amigos. De cualquier modo, esto es un cementerio. ¿Qué más da morir en seco que bajo un diluvio mortal?

No dejaba de tener razón. La lluvia, con su extraña coloración rojiza, venía de un cielo cárdeno, extraño y alucinante, que se extendía en todo cuanto abarcaba la vista, sobre una Hiroshima extrañamente silenciosa, extrañamente oscura y apacible...

—Está bien, vamos ya —dispuso Marcel—. ¿Alguno quiere quedarse en el «Argos»?

Negativa general. Todos querían salir del que había sido su alojamiento forzado durante dos años, excepción hecha de los pocos días pasados en Marte.

Aunque fuese para morir... preferían abandonar su encierro espacial. Los seres humanos tienen a veces extrañas paradojas. Y aquello que parece tener un valor fabuloso en unos momentos, en

otros deja incluso de ofrecer su auténtica proporción: en este caso, la propia vida...

Avanzaron en silenciosa, multicolor columna. Resignadamente, como personajes de un extraño drama cósmico, hacia la salida del «Argos». O como seres increíbles, de una fábula que no podía suceder en la vida real.

Sin embargo, todo sucedía. Estaba sucediendo allí, en el Japón, en una ciudad que había sido la primera en conocer el huracán atómico, decenas de años atrás. Como un símbolo de aquel fin presentido el día en que el hombre dejó de conocer freno a su soberbia de dominador de la materia, del átomo y de la Naturaleza misma, Hiroshima era ahora la meta final de los seis supervivientes del caos mundial.

Los últimos seis personajes de la Historia de la Humanidad, avanzaban ya hacia la salida del «Argos», hacia el exterior mortal, de donde había llegado, como eco de un imposible superviviente, un mensaje radiado y concreto.

¿Existía realmente el séptimo personaje? ¿O les esperaba un nuevo y terrible hallazgo, en el lugar desde donde fue transmitido el mensaje misterioso?

Esa era la pregunta que se hacían todos ellos, al avanzar hacia la salida. Y quizás por eso, porque iban demasiado preocupados con el inquietante y gran enigma que podía marcar la etapa final de sus vidas, no vieron algo a sus espaldas...

Algo que de repente había emergido, junto con la lluvia roja del exterior, tras la cristalera irrompible del «Argos»... Una gigantesca sombra que, de súbito, cubrió la totalidad de aquel visor amplio... Y algo parecido a unos ojos, centelleó malignamente en la penumbra rojiza de la ciudad muerta, a espaldas de los seis cosmonautas, que ya entraban en el tubo de propulsión al exterior, ignorantes de aquel incidente extraño y terrorífico...

* * *

Las seis figuras multicolores avanzaban por entre los edificios silenciosos, en sombras. El aire agitaba hojarasca y periódicos amarillentos, rotos y sucios, de caracteres nipones, que golpeaban en sus piernas, y se alejaban, entre ramalazos de polvo.

Roger se inclinó dos veces, tomando diversas hojas de algunos diarios. Todos correspondían al mismo año 1999, en su mes de febrero. Eso indicaba claramente el tiempo transcurrido: once meses. Once meses sin vida sobre la faz terrestre...

Entre las manos enguantadas de Karl Haussman, un detector de ondas radio-electrónicas, iba marcando, con oscilaciones de un

indicador graduado y el parpadeo de dos luces, verde y roja, la proximidad o mayor distancia del Punto Cero o zona de emisión de la llamada recibida a bordo del «Argos».

—Estamos algo apartados —observó Wagner. Al otro lado de la escafandra plástica, los ojos claros del americano parpadearon, mirando a Marcel Roger—. Creo que nos hemos desorientado un poco…

—Sí, yo también lo creo… —asintió Roger, ceñudo.

Giró sobre sí mismo, en el centro de una amplia plaza, cercada de bellos tejados superpuestos, puntiagudos, orientales. Había una plataforma elevada, plástica, en sus tiempos luminosa, para el control del tráfico en dirección a varias calles adyacentes, que confluían en su totalidad en la plaza circular—. Me pregunto dónde puede estar situada la persona o personas que hicieron la llamada…

—Eso nos estamos preguntando todos —farfulló roncamente Zadov, con una ojeada recelosa en derredor—. Va a ser difícil, Roger. El exceso de partículas radiactivas en la atmósfera, en la lluvia misma, nos dificultarán la detección de las ondas radiadas…

—Sí, esto cada vez se pone peor —las manos enguantadas de Pierce Nelson frotaron el exterior de la escafandra plástica—. La lluvia arrecia. Cada vez veo menos.

—Conecta el generador de humedad interior —avisó Roger—. Eso estabilizará la diferencia, y evitará la formación de vaho. Vamos, creo que el detector acusa mayor intensidad de parpadeos en esa dirección.

Señalaba una amplia avenida, de suelo charolado por la lluvia. La tarde, gris, plomiza, una extraña tarde rojiza y pizarrosa a la vez, era triste e inquietante. No había luces urbanas, ni nada animado que se reflejara en el asfalto brillante por el agua. Parecía echarse de menos los paraguas, las personas apresuradas, camino de sus lugares de destino. Todo aquello que parecía ser habitual en cualquier lugar del mundo.

Sólo que eso había dejado de ser habitual meses antes. Esto era un planeta muerto. Marcel Roger se dijo que debían adaptarse todos a esa idea, por horrenda que fuese.

Echaron a andar. El viento lanzaba la lluvia sobre ellos, sobre las vidrieras de las viviendas orientales, agitando los cartelones que otrora fueron luminosos y multicolores, con signos y letras japoneses. Tiendas, bares, hoteles, almacenes, bazares modernos… Televisores de última línea, electrodomésticos de magnífico diseño, revistas amarilleando en los escaparates húmedos y sucios por el abandono… Muebles, cuadros, alimentos enlatados, de atractivas

etiquetas, botellas de licor, joyas y objetos de arte…

Los seis hombres desfilaban, en silenciosa, sobrecogida columna, por en medio de la urbe desierta. Todo aquello que había contribuido al confort, a la complacencia y a la pequeña pero entrañable felicidad de los hogares humanos… ahora no era nada. Sólo objetos grotescos, incongruentes, sin la menor utilidad, en un mundo sin energía eléctrica, sin personas que disfrutasen de todo aquello…

De repente, hubo un grito. Uno de los seis se volvió, como asustado, desorbitados sus ojos, trémulo de terror. Su grito, difundido por la rejilla amplificadora de su escafandra, llegó a todos los demás.

Todos se volvieron a él a su vez. Le miraron, entre acusadores e intrigados. El que gritó era Paul Jameson. Su rostro color ébano, parecía ceniciento ahora, quizás por efectos de su miedo, que le hizo palidecer. Los ojos dilatados miraban hacia atrás, a la calle desierta, húmeda, que terminaba tras ellos en la amplia plaza. El sudor goteaba por su lustrosa piel oscura.

—¿Qué ocurre, Paul? —indagó Zadov, ceñudo.

—Sí, ¿qué pasa? —insistió Nelson—. ¿Por qué nos asustaste, muchacho?

—Creí… creí ver algo a mi espalda… —jadeó el negro, incierto, alarmado—. Era… era como «una sombra»… moviéndose sobre los muros de esas casas. Una gran sombra… viva.

Wagner rió nerviosamente. Nadie coreó su risa. Pero Karl Haussman reveló claramente en su rostro la incredulidad total ante lo que el negro revelaba.

—Es histerismo —apuntó Igor Zadov—. Eso creo yo.

—Podría ser algo más —dijo roncamente Nelson, con una ojeada en torno suyo, llena de recelo. Sin embargo, nada vio.

—No nos dejemos todos influir por una psicosis de terror —dijo lentamente Roger y señaló los nubarrones, entre plomizos y cárdenos, que formaban denso dosel sobre Hiroshima—. Esas nubes se mueven convulsivamente. Estamos virtualmente en un mundo en formación… o en descomposición, recordadlo. Forman sombras, masas de luz y oscuridad, fáciles de impresionar. Eso es todo. Sigamos, muchachos. No ocurre nada alarmante. Es decir, si existe algo alarmante en realidad en estos momentos…

Todos parecieron aceptar la lógica de su explicación. Incluso Jameson, que respiró hondo, inclinando la cabeza.

—Está bien —dijo—. Perdona, Roger. Creo que estoy nervioso…

—Claro —sonrió Marcel, alentador—. Todos lo estamos. No

sufras por eso.

—¡Maldito miedoso! —farfulló, despectivo, Harry Wagner—. Negro tenía que ser…

—¡Wagner! —la voz de Roger fue un trallazo—. Haga otro comentario así, y le destrozo a golpes, aunque le rompa la escafandra y le someta a una muerte horrible. Me asquea usted, con esas palabras tan hediondas, Wagner… ¿Por qué no quedó con vida cualquier otro americano, que no sintiera prejuicios raciales, maldito sea usted?

Nadie replicó, nadie se mezcló en la pugna. Pero Wagner, bajo la mirada virulenta del joven, enérgico francés, inclinó la cabeza, dando por terminado el choque. Jameson no dijo nada. Solamente una frase que fue como un martillazo de censura para Wagner:

—Roger, no le haga caso… Yo… yo también soy americano, después de todo. Sólo que él recuerda antes el color de la piel que la nacionalidad. Hubo muchos así, en algunas partes de nuestro país. Que Dios les haya perdonado…

Harry Wagner apretó los labios, mirando con ira a Jameson. Pero nada replicó ahora. Marcel Roger habló, tajante:

—Sigamos. Creo que llevamos buen camino. El detector radio-electrónico señala mayor proximidad de la emisora de Hiroshima de donde llegó la llamada…

Ese anuncio galvanizó a todos. Miraron el detector. Era cierto. Las palpitaciones de la luz roja eran mucho mayores ahora que las verdes, más rápidas y continuadas. Eso señalaba la presencia de una emisora de radio o televisión, no lejos de allí…

El avance de la columna, tras el incidente con la supuesta «sombra» viviente, a espaldas de los expedicionarios llegados del espacio exterior, no tuvo ya nuevos obstáculos. Los seis hombres, como una rara línea multicolor, siguieron avenida adelante, bajo la lluvia y el viento de la ciudad inerte.

Alcanzaron un cruce. Allí, el viento era mayor, porque la calle transversal era favorable a la dirección de su soplo violento. Marcel Roger se detuvo, en medio de la nueva calle. Oteó en una y otra dirección, miró luego al indicador. El parpadeo aumentaba. Estaban más cerca aún… Tan cerca, que quizás fuese posible conectar con la emisora oculta, a base del radio-receptor-emisor de pilas que todo traje espacial llevaba consigo, junto a los dos planos depósitos de aire superconcentrado…

Presionó su mano el resorte sobre el cinturón de su rojo uniforme plástico espacial. Funcionó el emisor. Empezó a hablar Roger, en inglés, por si la persona que se expresaba en idioma

Geofísico Internacional, era capaz de entenderse en el más universal de los idiomas que existieron en la Tierra antes de su Apocalipsis.

—Atención, Hiroshima... Atención, Hiroshima... —anunció por medio del micrófono—. Estamos en... en Avenida Nacional, cruce con el Bulevar Imperial... Atención, Hiroshima, aquí ocupantes de la nave espacial «Argos», de regreso en la Tierra... Informen, digan forma de localizar su emplazamiento. Seguimos buscando, a la escucha de sus informes... Escuchamos y continuamos la búsqueda... Atención, Hiroshima...

No percibió señal alguna de recepción. Repitió dos veces la llamada, en parecidos términos, mientras con una mano, señalaba a los demás la forma de avanzar por el Bulevar, por el cual parecía resolverse el francés, en sus dudas, tras comprobar las distintas oscilaciones luminosas verdes y rojas.

Y de súbito, una voz llegó por radio. Una increíble voz, suave y musical, expresándose en un inglés de exóticas cadencias:

—«Aquí Hiroshima... —informó, deteniendo en seco a Marcel—. Aquí Hiroshima... Escuchen, ocupantes del «Argos»... Escuchada su llamada... Solamente ahora logré conectar con su longitud de onda... Atención, navegantes del «Argos»... Diríjanse hacia el sudoeste del Bulevard Imperial... Busquen la Alameda. En ella hay tres refugios antiatómicos... Todos fueron inútiles... Pero existe un cuarto refugio, junto al estanque... Localicen la entrada. Yo les iré instruyendo... No teman por la radiactividad. El refugio ha sido útil durante estos meses... Sólo que ya no lo es... Ha dejado de serlo en un ochenta por ciento, justamente hace unos días... Pueden entrar todos, amigos... Yo les espero...

Marcel Roger salió difícilmente de su marasmo, de su gran estupefacción ante el sonido de aquella voz. Sí, él estaba bien seguro... o creía estarlo. Aquella voz...

—Usted... usted... —habló roncamente, sin cerrar la radio portátil—. Usted es...

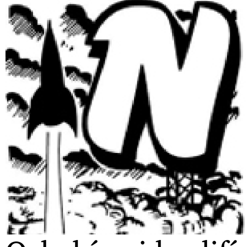
—Sí, soy lo que usted piensa —respondió la voz del personaje milagrosamente vivo en la ciudad muerta, en el mundo totalmente aniquilado—. Soy, ciertamente, una mujer...

—¡Una mujer!

—Mi nombre es Suzuki Talura... Soy hija del profesor Talura... muerto en el caos atómico... como todos los demás... —concluyó la voz dulce, melosa, de la mujer que hablaba a través de la radio.

Porque tal y como sospechara Marcel Roger, el séptimo personaje de la Tierra, el séptimo superviviente de la Humanidad... era precisamente una mujer.

CAPÍTULO V
ELLA

O había sido difícil encontrar el cuarto refugio, el que fue eficaz durante varios meses, para la persona oculta en su interior.

Luego, tampoco resultó complicado penetrar en el refugio, siguiendo las instrucciones llegadas de su interior. El lugar era una especie de cubículo de cemento, junto al estanque, sucio de aguas, y con numerosas hojas secas y papeles polvorientos flotando sobre el mismo. El cubículo parecía no tener puertas, pero las tenía realmente, aunque protegidas por una triple pared blindada, antiatómica, que explicaba la dificultad de la radiación en penetrar a través de los tres compartimentos estancos y el acceso de seguridad, controlado desde su interior, en las entrañas de la tierra de Hiroshima.

Finalmente, tras recorrer todo eso, Marcel Roger y sus cinco compañeros, se encontraron en una estancia rectangular, iluminada por un fluido eléctrico de energía ignorada, que había sobrevivido a toda la oscuridad mortal de la Tierra. Quizás esa fuente de energía se hallaba bajo la superficie de la ciudad japonesa, en el propio refugio antiatómico.

—Bienvenidos a mi humilde morada —dijo con amarga, dolorosa ironía, la persona sentada frente al cuadro de radiofonía, y control remoto de radar, que dominaba sin necesidad de moverse de su asiento de espuma roja—. Creí que estaba sola en el mundo. Ahora veo que somos siete. Siete, frente a la Eternidad...

Marcel Roger no respondió enseguida. Miraba fijamente a la joven. Era joven, ciertamente. Una muchacha de exótica belleza. Una japonesita encantadora, menuda y graciosa, de ojos rasgados, de boca carnosa y muy roja, de figura delicada como una porcelana, bajo la seda estampada de figuras tradicionales de la Mitología nipona.

Era como ver la gloria misma, una auténtica imagen celestial, después de la ceñuda, horrible presencia del infierno de un mundo muerto y caótico. Los seis hombres se miraron entre sí, estupefactos. Roger fue quien avanzó dos pasos, sin quitar sus ojos

de la joven, que le sonreía dulcemente. Como si fuera de aquel refugio subterráneo, creado increíblemente a prueba de toda radiación atómica, todo siguiera como antes... cuando la vida existía en campos y ciudades, en tierras y mares.

—Créame que estamos realmente asombrados —habló en primer lugar Marcel, tras una pausa reflexiva—. Lo que menos hubiéramos podido esperar en estas circunstancias es la presencia de un ser humano en el mundo... Y menos aún, que ese único ser viviente a quien por ahora hemos podido hallar, fuese una mujer...

—Le creo, señor —sonrió ella suavemente—. Es natural que ocurra así. Después de todo, yo me siento igualmente confusa y sorprendida... No sé si complacerme o sentir mayor horror... de que seamos ahora siete y no uno solo, los que hayamos de sufrir... cuando ya todos los demás lo sufrieron. O acaso ellos, después de todo, fueron mucho más felices. Su sufrimiento fue corto, brevísimo...

—Entiendo. Ellos apenas si se dieron cuenta —asintió Marcel lentamente—. En cuanto a nosotros... aún no se sabe siquiera lo que nos sucederá... ni lo que llegaremos a sufrir.

—De modo que sabe la verdad, ¿no es eso? —habló la joven, bella japonesita.

—¿Y quién no la sabe? —el gesto de Marcel abarcó todo; aquel refugio, el exterior, el globo terráqueo en pleno—. Basta mirar, ir viendo ciudades, lugares...

—Fue horrible —se estremeció ella—. Realmente horrible...

—¿Usted... usted lo presenció?

—No. Mi padre me encerró aquí, inyectándome previamente un somnífero. Yo no volví en mí hasta que fue tarde. Para entonces, una carta de mi padre estaba ahí encima... —señaló el cuadro de mandos—. En ella me explicaba lo que, en su opinión, sucedería si se utilizaba la superbomba en la contienda mundial. Lo expuso en las Naciones Unidas, pero a pesar de ello se utilizó. La gente creía que sucedería como con las bombas atómicas y de hidrógeno, que provocaban radiactividad, pero no mortal, sino en casos muy especiales. Aquélla, era distinta. Pero el juicio del profesor Talura, a pesar de su firmeza y convicción, cayó en saco roto. Nadie lo escuchó. Y lo que tenía que suceder... sucedió.

—¿Quién...? —empezó a decir Zadov, roncamente. Pero se contuvo, a una mirada de Roger y de Wagner, y luego inclinó la cabeza, añadiendo con voz fría—: Bueno, eso es igual ya. No importa «quién» ni «por qué». Eso ocurrió, y es lo que realmente cuenta...

—Sí, creo que así es —aceptó Suzuki lentamente, con expresión cansada—. Tengo aún la carta de mi padre. En ella habla de lo que presiente, de cómo debía yo protegerme, utilizando los alimentos esterilizados que él puso dentro de este refugio. Era un reducto antiradiactivo, hecho a título experimental, de acuerdo con el Gobierno japonés. No pasó de ahí, porque no tuvo tiempo. Pero ha demostrado su eficacia. La máxima que podía esperarse...

Señaló un indicador Geyger, en el que se señalaba un índice de radiactividad realmente peligroso ya para la integridad humana. Asintió Roger, en silencio, en tanto ella proseguía:

—Mi padre dejó toda clase de aparatos, para mi contacto con el exterior, mientras durase esto. Lo malo es que su duración es eterna. Jamás desaparecerá la radiactividad de la superficie terrestre. Al menos, persistirá miles, quizá millones de años... Yo, no puedo aspirar a más. Ni realmente deseo que dure más de lo que ya ha durado. Prefiero morir...

Inclinó la cabeza, abatida. Nelson habló, pensativo:

—Sí, la entiendo... Cuando es uno quien queda solo en el mundo, como único ser vivo, resulta espantoso verse frente al espectro del caos final...

Suzuki Talura reaccionó de forma inesperada ante las palabras de Nelson. Miró al inglés, sonrió, denegando con la cabeza, y habló muy segura, muy dueña de sí:

—¿El único ser vivo del mundo? —volvió a negar—. Oh, no... No es cierto, señor...

—¿Eh? ¿Qué es lo que dice? —saltó Marcel Roger, atónito—. ¡No puede haber nadie más en el mundo! ¡Estoy seguro de que no existe nadie, sino usted... y nosotros! ¿O conoce acaso la existencia de alguien más?

—Sí, conozco la existencia de «algo» más —señaló un cuadro magnético, sobre el tablero de controles—. Mire eso. Es un indicador electrónico de índice de vida, invento de mi padre. Yo lo he visto llegar al cero absoluto... después del caos mundial provocado por la superbomba. Salvo una leve señal que detectaba mi presencia viva, nada había en él.

Roger contempló la amplia, extraña pantalla cóncava, parecida a un cristal de TV. Estaba compuesta de miles y miles de celdillas diminutas, luminiscentes sin duda. Pero solamente unas pocas se veían dispersas en su superficie. El joven francés lo examinó con aire perplejo y admirado.

—¿Quiere decir que eso...?

—Eso detecta toda absorción de oxígeno que exista en la Tierra

—pulsó un botón, con sólo extender su mano derecha, bajo la pantalla electrónica—. Y así, logro datos automáticos de la absorción de aire de los seres vivos, y su volumen o naturaleza, de acuerdo con esa absorción. Fue otra de las maravillas técnicas de mi padre. Prodigios que nadie sino yo misma, ha llegado a disfrutar. A ustedes, naturalmente, les detecté por el radar, no por ahí. Ustedes consumen su propio oxígeno. No están en la pantalla detectora.

—¿No? ¿Entonces, esas celdillas luminosas? —señaló las que aparecían allí.

—Esa diminuta de ahí… soy yo —sonrió Suzuki, tomando una cinta grabada que salía del aparato, como de un teletipo, tras haber presionado el resorte—. Mírelo. Podrá leerlo aquí…

Le tendía el papel. Sí, en la cinta escrita magnéticamente, aparecía un trazo débil, sobre una banda en la que se indicaba: «Seres humanos de volumen normal.» Pero con estupor, Roger vio algo más. Otras líneas magnéticas, numerosas, en dos bandas o secciones longitudinales de la singular cinta de papel plástico. Leyó sus enunciados, y sintióse estupefacto:

«Seres humanos, de volumen reducido.» Y el otro: «Seres no humanos, de gran volumen.»

—Cielos —masculló—. Hay otra clase de seres vivos… Pero no humanos.

—Eso es lo que pretendía decirle —asintió gravemente Suzuki—. El índice de vida animal, no humana, ha aumentado mucho últimamente. Supongo a lo que puede atribuirse: al exceso mismo de radiaciones atómicas. La supersaturación de radiactividad, está quizás nutriendo de una forma especial a ciertas formas de vida que aún no hemos visto siquiera… pero que se extienden, según mi teoría, por los Polos y otros puntos de la Tierra.

—Un momento —cortó Karl Haussman—. Yo entiendo algo de vida animal. He sido zoólogo y antropólogo en el Instituto Nacional de Berlín, señorita Talura. ¿Pretende decirme que puede haber vida animal de alguna especie… con ese veneno atómico emponzoñando la atmósfera? Rotundamente le niego tal posibilidad.

—Mi querido señor, por mucha antropología y zoología que se haya estudiado antes de esto… no creo que ahora sirva de gran cosa —sonrió dulcemente la hija del sabio japonés, inclinando su cabeza, de brillante cabello negro-azulado, peinado hacia atrás—. Lo cierto, lo positivo, lo real… es que en esa pantalla hay vida. Y mi detector no se equivoca. Hay ciertamente seres no humanos de diversos tamaños. Lamento que el detector no pueda graduar distancias. Podríamos tenerlos en Hiroshima mismo o en el Polo Norte, con

igual resultado en el detector. Pero hay animales extraños, señor… Animales de una especie quizás nueva, quizás horrible… Animales que acaso sean monstruosos productos de la saturación atómica. Las partículas radiactivas han creado una nueva especie de animal, de la que nada sabemos… pero que pulula por la Tierra… Y Dios quiera que no sea un lógico producto de tanto horror… y los temores de muchas gentes, antes del caos, no se confirmen, con la aparición de auténticas pesadillas dignas de la Prehistoria…

Parecía como un absurdo, como una fantasía de aquella japonesita, acaso trastornada por la soledad y el silencio de su situación durante meses y meses. Pero fue algo más que eso: fue como una premonición, un auténtico presagio emitido momentos antes de una confirmación rotunda y terrible.

De repente, cuando Karl Haussman iba a replicar de modo tajante a las teorías de Suzuki, ocurrió…

Fue una sacudida tremenda, como si la tierra temblase… Los indicadores radiactivos se movieron, parpadearon intensamente, el nivel de radiación aumentó terriblemente y pareció que los muros se fuesen a agrietar, tal fue la oscilación. Algunos aparatos y objetos rodaron por el suelo, Suzuki misma se vio sacudida violentamente y lanzada en brazos de Marcel Roger, que la tomó apuradamente entre ellos para impedir que cayese.

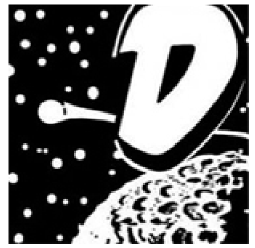
Sobre las cabezas de los siete personajes un tremendo y alucinante golpeteo hizo vibrar muros y techo, conmovió todo durante varios segundos. Luego, ante el terror general, por los altavoces conectados con el exterior, por los que solamente llegaba hasta entonces a sus oídos el rumor de la lluvia allá afuera y el soplo del viento en las calles desoladas de Hiroshima, penetró un nuevo ruido terrorífico y ensordecedor: un rugido infernal, pavoroso, estremecedor, de enorme magnitud…

Tal y como podía haberlo lanzado uno de los ciclópeos monstruos prehistóricos citados poco antes por Suzuki…

Después hubo un nuevo golpeteo, sacudidas espantosas, ante el temor que agarrotaba los miembros de los seis hombres, incapaces de reaccionar…

Y esta vez las paredes se desgajaron, el techo de cemento, acero y hormigón, creado para resistir el alud atómico después del Apocalipsis, se agrietó, empezando a derrumbarse, combándose sobre sus cabezas ante el embate de aquella ignorada y espantosa fuerza que llegaba del exterior…

CAPÍTULO VI
HORRORES DE APOCALIPSIS



IOS mío, Roger! —aulló, trémulo de horror, Karl Haussman, olvidadas sus brillantes y rutinarias teorías de antiguo antropólogo —. ¡Mira eso…! ¡Es… es horrendo!…

No sólo Roger, sino todos los atemorizados testigos del suceso, dirigieron sus miradas hacia el punto que Haussman señalaba, olvidadas sus propias convicciones sobre muchas cosas que, hasta entonces, parecieran realmente imposibles de ser vistas de nuevo por el ser humano.

Al principio, la larga forma verde, parecida a un reptil puntiagudo que penetraba, sibilante, por entre las grietas abiertas en muros y techo, les pareció que era una especie ignorada de serpiente, un extraño saurio de cola descomunal.

En realidad, lo era. Pero no exactamente lo que ellos habían esperado ver. No un saurio o un reptil vulgar. Porque si aquella forma dura, escamosa, vertebrada, de color verde oscuro, era en realidad una cola… correspondía a algo de enormes dimensiones. Su longitud podía ser incluso de veinte metros. Latigueó en el interior del refugio, quebrando la pantalla de televisión de que había dispuesto la muchacha en su refugio nuclear, y haciendo saltar chispas de un cuadro de mandos.

—¡Cuidado, atrás! —voceó Pierce Nelson, angustiado—. ¡Eso… eso, sea lo que sea, está destrozando todo el refugio… y viene hacia nosotros!

El anuncio de Pierce era cierto. Roger comprendió que no se trataba de un movimiento sísmico, ni de un caos geológico, sino del ataque real de un ser vivo y enorme, que estaba desgajándolo todo en su esfuerzo por entrar allí… y a cuya naturaleza gigantesca pertenecía aquella cola o extremidad recién vista latigueando sobre sus cabezas.

Se derrumbó parte de un muro. En un rincón del otro, el oscilógrafo del contador Geyger bailó como un loco, rebasando cifras altísimas de radiactividad. Ya no estaban a salvo de ella ni siquiera en el perfecto refugio antiatómico del profesor Talura.

Y entonces vieron los ojos grandes, brillantes, amarillos y demoníacos, las fauces babosas, dentadas como sierras enormes, la boca fétida, exhalando un aliento abrasador, agitando su lengua en un fondo viscoso y nauseabundo, de color gelatina. La masa ingente, poderosa, de un enorme saurio, de un animal propio de la Era Eocena. Monstruoso, colosal, de un tono verde oscuro, escamoso. Con la forma de un inmenso lagarto, sosteniéndose sobre dos largas y potentes patas traseras de terribles zarpas y otras dos delanteras mucho más cortas encogidas sobre el torso blindado. La espina dorsal, hasta el extremo de su larga cola, dentada por una hilera de salientes puntiagudos, escamosos.

—¡Es un «tyranosauro»! —aulló Haussman—. ¡Un animal del período Cretáceo, cuya altura acostumbraba a ser de veinte pies!

—Éste los sobrepasa —dijo roncamente Marcel Roger, viendo emerger la espantosa cabeza del saurio ante sí—. Y hasta diría que tiene particularidades diferentes al «tyranosauro»... Esa forma de ojos, esa boca... la forma del cuerpo...

—Es una variedad del mismo estilo —asintió Haussman, estremecido de horror—. Una especie que se dio por extinta hace muchos miles, quizá millones de años.

—Y que vuelve a la vida, cuando el hombre desaparece de la faz terrestre —sentenció roncamente Wagner—. ¿Retorno a la Prehistoria... o un caso de vitalidad animal, en regiones heladas, a causa de la convulsión geológica y de la acción radiactiva sobre las vísceras de los animales en periodo de congelación?

—Posiblemente algo de todo ello unido —asintió roncamente Roger, sin desviar sus ojos desorbitados de la enorme forma erguida más allá de los muros en ruinas—. Y ahora me gustaría saber cómo vamos a salir de esta... Ese animal lo destrozará todo, absolutamente todo...

Era cierto su temor. La enorme pata del animal se abatió ahora contra unos bloques de cemento. Al no vencerlos, utilizó la cola. Esta vez el cemento saltó en pedazos, y la cola penetró, latigueando de forma sibilante dentro del refugio. La luz osciló, al golpear los cables de energía autónoma del refugio antinuclear.

Suzuki gritó, acurrucándose más contra Marcel Roger. Éste, crispado, miró en torno suyo buscando una escapatoria. No había otra que la puerta por la que ellos llegaron al interior del refugio. Y esa puerta llevaba justamente a la calle. La calle... donde el monstruo se hallaba a la espera, combatiendo furiosamente por dejar al descubierto a los siete supervivientes...

—¡Estamos perdidos, Roger! —gritó Zadov.

—Si al menos estuviéramos en el «Argos»... —jadeó Nelson—. Allí teníamos las cargas termocorrosivas. Ésas bastarían para... para enfrentarnos a ese monstruo atroz...

—Las cargas corrosivas... —Roger asintió, sin desviar su mirada de la maligna, enorme faz del saurio prehistórico, erguido ahora ante ellos, lleno de vida, al otro lado del abatido refugio—. Es cierto, Nelson. Has tenido una buena idea... ¡Es preciso tratar de obtenerlas...!

—Pero, Roger, no podemos salir —arguyó desesperadamente Haussman—. Ese saurio... nos aplastará con la facilidad con que nosotros podríamos hacerlo con una hormiga...

—Yo no soy una hormiga —replicó fríamente Roger—. ¡Y voy a demostrarlo!

Soltó a Suzuki y la puso en brazos de Nelson, que la tomó sorprendido. Ella chilló:

—¡No, no haga eso!

Pero era tarde. También sus compañeros le llamaron estérilmente. Marcel corrió hacia la puerta de salida y desapareció tras ella, cerrándola. El monstruo rugía espantosamente en el exterior, forcejando por derribar los últimos reductos para darles alcance. Metió su zarpa entre bloques de cemento y barras de acero, doblando éstas y estando a punto de alcanzar con sus engarfiadas uñas a los desesperados y acosados personajes.

—¡Nos alcanzará, si sigue intentándolo! —avisó Jameson—. Señorita Talura, ¿no hay ningún otro punto del refugio donde nos sea posible ocultarnos, mientras Roger lucha por llegar al «Argos»?

Suzuki vaciló un momento, con los almendrados ojos cuajados de terror, fijos en la enorme mole del monstruo prehistórico. Luego asintió, con un movimiento de cabeza.

—Solamente un lugar... —señaló al fondo, junto a otro cuadro de instrumentos y pantallas de radar y radiofonía—. Ahí dentro... tras esa puertecilla metálica... Pero es peligroso... Están todos los controles eléctricos... el transformador de alta tensión... Si entramos ahí, es posible que el monstruo logre provocar un cortocircuito... y encontremos la muerte electrocutados.

—No importa —objetó Haussman—. Sea lo que sea, vale más eso que morir aquí...

—Sí, es mejor elegir ese medio —asintió a su vez Zadov, muy pálido, viendo los crecientes esfuerzos del enorme animal, por penetrar en sus débiles defensas.

Se dirigían a la puertecilla, cuando de súbito Nelson advirtió algo.

—¡Mirad! —gritó—. ¡El monstruo... se despreocupa de nosotros! ¡Se vuelve hacia la calle, mira hacia otro punto!...

Era cierto. El enorme saurio dirigía su cabezota monstruosa en otra dirección. Rápidamente, comprendieron todos a la vez lo que podía estar sucediendo, lo único que podía haber en la calle, capaz de despertar en él semejante atención.

—¡Roger! —aulló Zadov—. ¡Es Roger...! ¡El monstruo le ha visto!

El terror, la angustia por el camarada en peligro, congeló a todos por un instante. En realidad, no sabían qué hacer. Ahora tal vez pudieran ponerse a salvo. Pero todos sabían a costa de qué: la vida de Roger, que moriría en la desolada Hiroshima, bajo la acción del titánico monstruo despertado y agigantado por el caos nuclear.

—Dios mío... —jadeó Haussman—. Le matará... Le matará sin duda...

—¡Miren, ya va hacia el punto de salida de este refugio! —gimió Suzuki, lívida—. ¡Le destrozará en un momento, no podrá huir a su ataque...!

En aquel momento, un hombre reaccionó enérgicamente: Harry Wagner, el norteamericano. Se lanzó como un tigre hacia el derruido muro. Sus compañeros pretendieron obstaculizarse en vano. Ya alcanzaba los bloques de cemento y hormigón derrumbados. Haussman imaginó lo que iba a hacer y le clamó, desesperado:

—¡No, usted no, Wagner! ¡Deje que vaya yo! ¡Le necesitan los demás!... ¡Usted es un experto en muchas cosas! ¡Es médico, incluso!... ¡No haga eso!...

Pero Wagner parecía resuelto. Nadie podía ya interceptarle, a excepción de Paul Jameson, el negro, que se mantenía inmóvil, como petrificado, no lejos del muro derruido.

Wagner pasó junto a él. De pronto, Jameson se puso en movimiento. Cruzó una pierna ante la carrera del americano. Su rival, el hombre que odiaba a los negros, tropezó, tambaleóse... La mano cerrada de Jameson, cayó como un mazo sobre su nuca y lo derribó de bruces, totalmente inerte.

Después ya nadie podía contener a Jameson. El negro corrió por entre los cascotes, gritando y agitando sus manos. Su traje verde brillante, debió atraer enseguida la atención del monstruo.

Éste volvió la cabeza. Sus ojos malignos, amarillentos, se fijaron en él. Detuvo su carrera pesada, en pos de la otra presa. Miró entre curioso y vacilante a Jameson. Luego se dirigió hacia él. Jameson corrió, en zigzag, siempre llamando su atención, y procurando

eludir el impacto de la mole del ingente saurio.

Un coro de gritos angustiados llegó a sus oídos. Pero Jameson no hacía caso de nada, al parecer…

* * *

Marcel Roger sentía la vaharada ardiente del saurio tras de sí. Nada más abandonar el refugio, supo que su figura, enfundada en el traje espacial, de vivo tono rojo, había atraído la atención del monstruo, en las calles desiertas y lluviosas de Hiroshima.

El «tyranosauro» arrancó tras él. Su trote lento, pesado, estremecedor, sacudía los suelos de la ciudad. La sombra ingente del animal pavoroso, llegado de la noche del pasado, por el prodigio geológico de las radiaciones termonucleares, se proyectó en los muros, ante sí. Supo entonces que Jameson no había visto alucinaciones cuando temiera antes al respecto. Él fue el primero en ver al animal… y nadie le hizo caso.

Roger corrió como si tuviera alas. Había tenido mala suerte. Bien mirado, no podía esperarse mucho más de la intentona desesperada y furiosa por salir de allí, de una muerte cierta y horrible entre las fauces del apocalíptico animal.

Una vez descubierto por las malévolas pupilas amarillas del monstruo, las posibilidades eran cero. Nulas para él y nulas para el grupo de sus amigos. Quizá fuese mejor así. Pero aun en aquel infierno sin vida que era ahora el mundo, Roger se daba cuenta del increíble prodigio: seguía amando la vida, quería defenderla. La suya y la de sus amigos. Era preciso luchar, luchar hasta la última oportunidad…

Al llegar el cruce del bulevar, se detuvo un momento, miró atrás, sorprendido de que ya las ciclópeas patas del animal no le hubiesen aplastado bajo su peso tremendo.

Su estupor fue inmenso cuando descubrió lo que sucedía. Rápidamente, la verdad se abrió camino en su cerebro, y algo pareció aferrarle al suelo húmedo, brillante, espejeante y negro, en que se veía reflejado.

—¡Oh, no, no! —aulló—. ¡No, Jameson, eso no! ¡Vuelve atrás, amigo!…

Pero era inútil. Y lo sabía, lo estaba temiendo. Jameson, el buen negro, había tomado una decisión heroica. Y la estaba llevando a la práctica. Ahora, erguido entre bloques de hormigón y cemento, parecía un pigmeo, una microscópica mancha verde, bajo el aliento fétido y terrible del saurio, que habíase detenido, girando hacia él su cabeza, husmeándole malignamente, empezando a retroceder, en busca suya…

—¡Pronto, Roger, déjame a mí! —le gritó Jameson, a través de los auriculares de sus escafandras plásticas—. ¡Ve tú al «Argos», trae las cargas térmico-corrosivas! ¡No pierdas más tiempo, es preciso que te vayas! ¡Yo entretendré al monstruo, no hagas inútil mi esfuerzo!

A Roger le costó mucho resolverse. Pero se decidió en escasos segundos. Luego se lanzó a la carrera, giró la esquina, mientras a su espalda empezaba un juego trágico, mortal, entre el negro y el saurio prehistórico. Un juego que solamente podía tener un final. Y si así sucedía, al menos el sacrificio del bravo muchacho de color no debía ser estéril...

Siguió su carrera vertiginosa, desbordante de energías... No poseía alientos casi para correr. Y, sin embargo, lo hacía. Corría desesperadamente, patinando sobre el asfalto mojado. Una de las veces, su patinazo le hizo caer de bruces. Se incorporó, a la desesperada, siguió adelante, por entre las desiertas edificaciones de tipo oriental o moderno...

En busca del «Argos». En busca de la única posibilidad de defensa contra el monstruo. Si es que servía de algo, después de todo...

* * *

El grito fue ronco, estremecido. Y breve...

Luego hubo un extraño ruido. Un seco chasquido, quizá de huesos triturados. Un lengüetazo atroz del monstruo satisfecho, voraz, allá en el exterior...

Un escalofrío recorrió al grupo de horrorizados personajes ocultos en la cabina de energía. Se miraron entre sí, lívidos de horror.

—Dios mío... —jadeó Haussman—. Pobre Jameson...

—¡Nooo! —aulló Harry Wagner, convulso, incorporándose del lugar donde Nelson le atendía, tras el golpe sufrido por la acción del negro—. ¡No puede ser posible! ¡Dejadme salir, dejadme, por el amor de Dios! ¡Era yo... Yo... quien debía estar ahí fuera...! ¡No Jameson! ¡No puede haberle ocurrido nada!... ¡Jameson, ya voy yo...!

—Es inútil, Wagner —le contuvo fríamente Zadov, sujetándole por ambos brazos. Ambos hombres se miraron, a una pulgada escasa sus respectivas escafandras plásticas—. Ya ha ocurrido...

—Sí, Wagner —corroboró lentamente Haussman—. Hazte a esa idea. Ya no puedes hacer nada por Paul. Ni tú, ni ninguno de nosotros. Él eligió su destino...

—¡Pero era yo quien lo pensó, quien intentó hacerlo...! —sollozó

Wagner.

—Y tu compatriota negro lo llevó a cabo —dijo Zadov con aire cansado, soltándole—. Ya no tiene remedio. Si sales, serás otra víctima estéril. El animal ha dado cuenta de su primer adversario. Hemos de decir, en honor de Jameson, que resistió mucho... Casi estuvo ahí fuera dos minutos... frente a ese enemigo terrible. Fue un héroe...

—Dios mío... —Wagner inclinó la cabeza, trémulo. Tenía la faz lívida, el cabello desordenado. El sudor y las lágrimas se mezclaban sobre su piel, bajo la esfera cristalina—. Dios mío...

—Todos le agradecemos lo que iba a hacer —suspiró Suzuki—. Usted inició el gesto. Sólo que aquel muchacho prefirió morir por usted. Consideró que su vida podía ser más valiosa a todos...

—Y tuvo razón —asintió Jameson—. Wagner es médico. Y experto en tratamientos de toda clase. Le necesitamos mucho ahora...

—Jameson... murió por mí —dijo roncamente Wagner, como hipnotizado—. Cielos, y yo le insulté... y yo odiaba a la raza negra...

—A veces, uno recibe lecciones así —comentó Nelson con gravedad—. Lástima que, casi siempre, uno aprende la lección cuando ésta es demasiado dura... y el tributo pagado ha sido muy alto...

Hubo un silencio sobrecogedor. Afuera el monstruo parecía volver a las andadas. Sonaban los bloques de cemento, de hormigón, y las barras de metal dobladas por sus embates furiosos, en busca de más festín. Quizás el infortunado Jameson no hizo sino despertar sus horrendos apetitos.

—Y Roger no llega... —musitó nerviosamente Haussman—. Dios mío, si al menos estuviera ya aquí con las cápsulas térmico-corrosivas... habría una esperanza.

—Y el final de Jameson no sería del todo estéril —apuntó sordamente Nelson.

Nuevamente el mutismo angustiado, trémulo, de los cinco seres acorralados por aquel coloso de una zoología fabulosa, jamás vista antes por el ser humano, desde que la época oscura y tremenda de la Prehistoria quedó atrás, con su período formativo, convulso, de los seres y de las cosas. Así, en silencio, un silencio trágico, solamente quebrado por los embates violentos del animal, allá en el exterior, al otro lado de la puertecilla metálica, aguardaron lo que quizá, nunca llegaría...

Era una espera angustiosa.

—Acaso Roger también... también terminó como Paul —dijo

alguien.

Nadie replicó. Pero en su interior, todos pensaban algo parecido. Todos temían que Roger jamás volviese. Solamente una voz se alzó de pronto, como un hálito de fe y de esperanza, que espoleó los dormidos ánimos de los demás:

—No. Yo estoy segura de que él vive. Y no tardará en volver…

Era Suzuki la que hablaba. La bella japonesita parecía plenamente segura. Esa seguridad contagió favorable, cálidamente a todos. Casi la miraron con gratitud. La luz de emergencia de la cabina de energía osciló dos veces. Suzuki miró con temor hacia las cajas metálicas, aisladas, en cuyo interior se transformaba la autoenergía del equipo de su refugio en luz, en electromagnetismo, etcétera.

—Cielos, esto se pone feo —farfulló Haussman—. Las instalaciones eléctricas comienzan a resentirse de los embates de ese monstruo…

Zadov asintió. Él era un experto en luminotecnia y radio-electrofonía. Se daba cuenta, como todos los demás, de que la situación era más y más apremiante… más y más desesperada.

De repente, la puerta de metal saltó bruscamente, arrancada de sus goznes por un trallazo terrible, escalofriante, que sonó como un disparo. Un chillido terrible de Suzuki acogió aquel nuevo desastre. La cola del animal prehistórico latigueó ante ellos, desapareciendo por el hueco que su impacto feroz había dejado expedito, donde antes se ajustaba la hoja de metal blindado.

—¡Ese maldito animal… nos ha dejado ahora al descubierto! —aulló Nelson—. Estamos perdidos…!

Sí, lo estaban. Cinco rostros lívidos, aterrorizados, miraron hacia el rectángulo de la puerta, por donde ahora era visible una enorme pata, rematada en engarfiadas garras. Una pata mayor que la de un gigantesco elefante, escamosa y repulsiva… Un aliento fétido, en forma de viento maloliente, les azotó de modo nauseabundo…

Luego la zarpa se alzó, cargó contra el muro que aún separaba al monstruo del grupo de enloquecidos, atemorizados seres… Resquebrajaduras profundas se formaron en la pared, empezando ésta a derrumbarse… Los ojos amarillos, crueles, aparecieron… La boca viscosa y hedionda, de enormes, dentadas fauces, relamiéndose tras el festín primero, aún sangrante, quizá como residuo horripilante del infortunado Jameson… o de él y de Roger…

—¡Ya está! —aulló Zadov—. ¡Llegó el final, amigos!

Todos se encogieron, formando un grupo apiñado, lleno de terror y de angustia, impotente ante el enemigo fabuloso,

desarmados frente a un peligro que ninguno de ellos había llegado a imaginar siquiera al salir del «Argos» para pisar la superficie de un mundo muerto y sin rastros de vida alguna…

CAPÍTULO VII
NUEVOS PELIGROS



ARCEL ROGER jamás había luchado en toda su vida con mayor apremio de tiempo que en aquellos segundos, en aquellos minutos que parecieron horas, quizás una eternidad en sí solos...

Pero a pesar de todo, Marcel puso en el empeño toda su energía, su fría serenidad, su esfuerzo terrible y agotador, por llegar a tiempo. Sabía que en esta ocasión, un segundo podía ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Quizá la vida importaba poco a esas alturas y con un cementerio caótico en torno. Un cementerio humano que se entendía, pero en el cual germinaban, como hijos de pesadilla y horror, monstruos pavorosos, escalofriantes seres de otros tiempos, que se creían extintos para siempre en la noche infinita de los tiempos pasados...

Pero, a pesar de todo, Roger luchaba por su vida.

Y por las vidas de todos los demás. Por la vida de Suzuki también. La dulce japonesita del refugio antinuclear, solamente les tenía a ellos para velar por sus días, sus meses o sus años de vida en un mundo que se desintegraba, bajo lluvias y partículas radiactivas de tremenda mortandad...

Sí, Roger quizá no hubiera sabido por qué hacía todo eso. Pero lo cierto es que lo hizo. Y que unos minutos después, no más de dos, corría por las desiertas avenidas de Hiroshima, azotadas por la rojiza lluvia mortal, patinando o trompicando espectacularmente, golpeando con hombros y cabeza en muros y esquinas, en su desesperada, violenta precipitación por llegar a tiempo, por no alcanzar esa demora de un solo segundo, que podía ser funesta para todos ellos...

A su espalda, dentro de una bolsa plástica herméticamente cerrada, llevaba un objeto que había considerado imprescindible, totalmente necesario. Lo extrajo del «Argos», al entrar allí a por las cápsulas térmico-corrosivas. Ahora ambas cosas iban con él. En sus manos enguantadas, las cápsulas ovaladas, de color gris parduzco, parecían aguardar su momento, su oportunidad de entrar en acción.

Las cápsulas térmico-corrosivas habían sido un arma diminuta y

eficaz, de la que fueron provistos por sus gobiernos y por el Centro Astronáutico Universal por si en sus etapas interplanetarias los cosmonautas de la Tierra encontraban enemigos terribles, adversarios de superior capacidad, a los que sería difícil combatir con una simple arma de fuego, por moderna y perfeccionada que fuese. Lo cierto es que también había armas a bordo. Fusiles electrónicos, como el que él mismo había tomado también consigo, colgándolo de una de las argollas de su cinturón, por si era eficaz contra el saurio prehistórico. El arma, de cañón muy chato y disparo característico, podía ser útil.

De cualquier modo, no dejaba de ser irónico que las armas creadas para abrirse paso frente a enemigos y obstáculos ignorados, en mundos remotos, fueran precisamente ahora las necesarias en la propia Tierra. Una Tierra desconocida, convulsa, quizá de nuevo en período formativo… o, lo que sería peor, en período de descomposición total. Pronto, sobre el mundo calcinado y arrasado por explosiones nucleares y nubes radiactivas, no existirían sino formas de vida muy distintas, producto de aquel caos atmosférico y geológico. La materia, trastornada y alterada, crearía nuevos entes espantosos, criaturas deformes y horrendas, plantas quizás inauditas y terribles, mares de muerte, vientos de horror, que sacudirían, con plagas y males ignorados, la faz convulsa del pobre mundo en que ahora se hallaba aquel puñado de pioneros de la Nada, aquel grupo maltrecho y horrorizado de seres alucinados por la angustia misma de su vida actual, en un cementerio caótico y estremecedor…

Marcel Roger llegó ante el refugio. Lo que vio le estremeció de terror. El «tyranosauro» ya cargaba contra una puertecilla metálica, entre las ruinas, desprovistas ya de techumbre y muros…

La hoja blindada saltó como si fuese papel, al embate de su larga cola, poderosa como la de una ballena o quizá mucho más. Dentro de la cámara puesta al descubierto por el monstruo, un colectivo grito de horror sonó, helando la sangre en las venas de Roger…

Supo lo que sucedía. Supo que allí se refugiaban sus amigos. Y, al mismo tiempo, supo algo más.

Vio, entre los bloques desgajados de cemento y hormigón, entre traviesas de metal retorcidas, como simples cañas, un uniforme plástico, rasgado y sangrante, una escafandra rota en dos, como un huevo, salpicada toda de un rojo aterrador…

—Dios mío… —jadeó Roger—. El pobre infortunado Paul…

Una furia helada, violenta, salvaje, le atacó súbitamente, invadiéndole con febril intensidad. Rabiosamente, con la imagen ensangrentada de Jameson en su mente, Marcel lanzó un chillido

inhumano, virulento... y cargó contra el monstruoso animal.

Fue un acoso a vida o muerte. Sus gritos, sus movimientos bruscos sobre los bloques de cemento y hormigón, atrajeron la atención de la bestia. Giró ésta su cabeza maligna, clavó la mirada amarilla, horrible, en el pigmeo que osaba desafiarle. Debió de pensar que un nuevo elemento apetitoso se ofrecía a su voracidad, tan inofensivo como el anterior, que aun ensangrentaba sus colmillos afilados, de sierra mortífera y cruel.

Los seres ocultos en la cabina de energía se mantuvieron así a un lado, cuando el «tyranosauro» viró para enfrentarse al hombre del traje espacial rojo. Le miró primero, como con curiosidad malévola. Luego avanzó, de un salto sobre sus patas traseras, colosales y poderosas. Estiró sus zarpas, para aferrarlo, y alargó el cuello, de cresta serrada, rígida, en busca del bocado fácil...

Hacía falta mucha serenidad para no precipitarse. Roger pudo haber lanzado la primera cápsula sobre la pata descomunal de la bestia. Y ello quizás hubiera sido un desastre, porque los desgarros en el tejido duro, escamoso, solamente le hubieran irritado más, haciéndole terriblemente peligroso.

En vez de eso, Roger esperó a pie firme. Y luego, al inclinarse hacia él la bocaza inmensa, fétida, de cálido aliento, siguió a pie, lleno de sangre fría. Soltó dos cápsulas en sus fauces...

Los dos óvalos gris-parduzcos cayeron en su saliva. El impacto fue lo bastante fuerte. Bastaba un choque para que reventara la fina, cristalina envoltura de las cápsulas térmico-corrosivas.

Al mismo tiempo, Roger soltó una tercera cápsula contra su pata, para evitar el golpe de ésta sobre sí...

Luego se lanzó en una zambullida impresionante, lo más lejos posible de la bestia antediluviana. Estallaron las tres cápsulas casi simultáneamente. Sus resultados fueron evidentes.

La zarpa de afiladas garras sufrió el choque y estallido de la últimamente lanzada, cuando el animal empezaba a aullar, por efectos de la doble explosión en su boca, que lanzó un río de fuego corrosivo, por su garganta y cuello, hacia el descomunal estómago.

La cápsula de su pata extendió sobre sus uñas y anchos dedos membranosos un humor entre líquido y gaseoso, que empezó a carcomer las escamas, la membrana, la piel y los tejidos, generando cientos de grados de calor ardiente, corrosivo...

El animal aulló, con una estridencia enloquecida, revolcándose por los efectos brutales, violentísimos, del corrosivo en sus entrañas.

Raudo, Roger se incorporó entre los fragmentos de cemento y hormigón, esgrimiendo su chato fusil eléctrico, que comenzó a

hacer funcionar, con secas, bruscas presiones en su botón de disparo.

El «tyranosauro», dañado en una de sus patas, cojeaba, mientras sus bramidos, de dolor infinito, a causa del revulsivo ardiente de sus entrañas, que además iba devorando, como un ácido voraz, todos sus tejidos. Y sin poderse defender de todo aquel mal, empezó a sufrir sobre sus ojos amarillos la descarga repetida del fusil eléctrico.

La primera descarga le quemó las pupilas, dejándole ciego. Luego, mientras recibía nuevos y potentes latigazos de electricidad de alto voltaje, por sus órbitas quemadas, rotas, fluía un humor lechoso, el contenido o líquido córneo de sus ojos. Ciego, loco de dolor, el animal empezó a repartir terribles coletazos, que agitaron las ruinas, reventaron los muros de cercanos edificios, de árboles y parterres desecados por el abandono de meses…

Roger, elásticamente, tenía que ir alejándose, a saltos, mirando precavidamente a la larga, dura cola de la bestia, para eludir hábilmente los golpeteos sucesivos, uno cualquiera de los cuales hubiera bastado a triturarle, aplastándole contra cualquier muro o pegándole al suelo, hecho añicos…

—¡Roger, aquí! —gritó Haussman, desde la puerta de la cabina de energía—. ¡Pronto, o esa bestia te aniquilará!

—¡Vamos, Roger, sal de ahí! —insistió Nelson—. ¡Es peligroso…!

Marcel Roger soltó una seca, nerviosa carcajada, y corrió a reunirse con sus compañeros. Ciertamente, podía ser peligroso aquello. Pero ya no lo era más de lo que lo fuese anteriormente, al enfrentarse con el animal prehistórico, en el choque supremo.

Ahora el «tyranosauro» se alejaba bramando lastimosa, estruendosamente, ciego por completo, aplastando edificios, faroles y arbustos de la ciudad desierta, bajo sus patas inciertas, o con los coletazos agónicos de su larga extremidad.

Por fortuna, se iba lejos a morir. Y Roger, mientras avanzaba hacia su grupo de amigos, se felicitaba que el animal, en el instante supremo de su agonía, no arremetiese contra todos ellos. Aún ciego, podía ser muy peligroso. Pero su instinto de bestia sin inteligencia le llevaba lejos de allí, quizás a un lugar que nunca alcanzaría: aquel de donde venía, como las ballenas que acuden a morir a su cementerio submarino, al verse heridas de muerte por el arpón del ballenero…

* * *

—No llegó muy lejos —dijo lentamente Zadov, contemplando desde la terraza del edificio la forma oscura, inmóvil, del

«tyranosauro» muerto en la campiña cercana a Hiroshima—. Te felicito, Marcel. Atinaste en tu forma de combatir a ese monstruo. De otra forma, hubieras seguido la horrible suerte del pobre Jameson.

—Sí, creo que ahí estaba la clave de todo. Si las cápsulas llegan a fallar, o hubieran obrado de otro modo sobre el animal, no sé lo que hubiera ocurrido —suspiró Roger, desviando la mirada del animal monstruoso, muerto cerca de la ciudad japonesa. Se volvió a la bella joven nativa—. Lamento de veras que nuestra presencia en Hiroshima diese a esa fiera la orientación precisa para dar con usted. Debió vernos, seguirnos, y atacar justamente el lugar donde nos vio entrar. Seguramente andaba hacía tiempo por la ciudad olfateando la presencia de una criatura viviente.

—Quizás ocurrió así —suspiró Suzuki—. Pero de cualquier modo, ustedes me salvaron. Usted, mejor dicho, Roger. Le estoy muy agradecida. Además... me ha traído un traje espacial y unos depósitos de oxígeno. Eso me permitirá sobrevivir algún tiempo más, lo mismo que a ustedes.

—Oh, no tiene importancia —sonrió Roger, contemplando a la joven, bella incluso dentro de su traje espacial plástico, herméticamente cerrado, de intenso color amarillo, y rematado por la escafandra transparente, dentro de la cual sonreía la faz de porcelana de la linda muchacha oriental—. Al entrar en el «Argos» pensé que usted podía necesitarlo, si esa bestia rompía su refugio antinuclear. Y cargué con él por si aún era tiempo.

—Al parecer, sí es tiempo —dijo Wagner roncamente—. Ella solamente ofrece una saturación radiactiva inferior al veintidós por ciento tolerable por el ser humano Hay muy ligera diferencia con nosotros, Roger...

—Sí, disponemos de un setenta y ocho por ciento aproximado de vitalidad —rió lúgubremente Haussman—. Es alentador, ¿no crees?

—Quizá no sea tan desalentador como tú crees —objetó Marcel, ante la ironía del alemán—. Lo más fácil de adquirir por los tejidos humanos, es precisamente ese primer tercio o cuarto de total radiactivo tolerable por la naturaleza racional. Lo demás, cuesta de asimilar y tardará tiempo en saturarnos totalmente. Hay vida por delante... si no nos ocurren otras cosas. Como lo que le sucedió a Paul Jameson, por ejemplo.

—Paul hizo algo maravilloso —habló roncamente Wagner—. Usted tenía razón, Marcel. No debí nunca ofender a aquel muchacho. Era un gran chico. Todo un camarada. Sólo lamento no poder hacer ya nada por él...

—Sí puedes hacer algo, Harry. Reza por él. Es hermoso rezar por aquellos a quienes hemos aprendido a amar o a respetar. Y Dios y él te escucharán... Reza, Harry. Sólo pido que, cuando yo muera, quede alguien detrás de mí para pronunciar una oración por mí.

—Si yo existo entonces... rezaré por usted —dijo impulsivamente Suzuki—. Le debo tanto, Roger...

—Oh, no hable así. Todos nos debemos los unos a los otros. La gratitud sobra.

—No sé si es gratitud. Pero desde que escuché su voz por radio, en mi refugio, usted me logró infundir esperanzas, fe, una extraña, desconocida sensación de sosiego, que no experimentaba desde antes del caos mundial... Sí, aun antes de verle físicamente, Roger... usted me impresionó. Y no me pregunte la razón. Creo que no sabría decírsela en modo alguno...

Marcel iba a hablar, cuando sintió que, bajo la mirada fija, penetrante, de Suzuki, enrojecía intensamente. Eso también era raro en él. Una auténtica novedad en un muchacho como él, de quien las mujeres decían que era sumamente atractivo, y que estaba habituado a tratar con toda clase de chicas sin ruborizarse. Claro que eso era «antes del desastre». Quizás ahora, después de dos años de vida aislada, entre hombres, todo era diferente.

—Hablando de lo sucedido, no resolveremos ya nada —objetó de pronto Nelson, interviniendo en la escena—. Roger, tú eres el de mayor autoridad en el grupo. Esperamos tus decisiones. ¿Te has dado cuenta de que, precisamente ahora, todo es «diferente» a como lo enfocamos antes?

—No te entiendo —Marcel frunció el ceño, mirando a su amigo.

—Oh, Marcel, no lo hagas más difícil —miró, agobiado, a Suzuki. Habló con voz ronca—. Antes... antes éramos seis Adanes solitarios. Ahora, sólo somos cinco... pero hay UNA Eva... Ya no es IGUAL.

Roger comprendió. Suzuki también. Pero la japonesita tuvo la discreción de enrojecer tenuemente, y retirarse del grupo, quedándose sola, en el borde de la terraza de aquel edificio, mirando al campo donde yacía el «tyranosauro».

—Sí, te entiendo —susurró Roger—. Ahora, existen de nuevo el Hombre y la Mujer. La Creación empieza de nuevo. Es... es como volver al principio. Quizás Dios no desea el fin total de la Humanidad, Y aunque ésta hizo las suficientes tonterías para aniquilarse a sí misma totalmente, la Providencia libró a los que han de formar un nuevo mundo, una sociedad resucitada de las cenizas de un mundo que no hizo méritos para continuar

existiendo...

—Justamente, Marcel —asintió Nelson—. Es... es bastante duro de explicar. Sobre todo, estando ella presente. Pero... no existe otra mujer en el globo, a no ser que el milagro de ese refugio atómico del profesor Talura, se haya repetido en algún otro lugar de la Tierra... yo no creo que sea ése el caso.

—No, yo tampoco lo creo —admitió de mala gana Marcel—. Una Eva... y cinco Adanes. Es una situación extraña. Y difícil.

—Ella tiene derecho a elegir —apuntó Zadov—. Que escoja a «su» Adán, entre nosotros.

—¿Y los demás? —argumentó Haussman—. ¿Hemos de renunciar cuatro de nosotros a continuar la vida humana, dando hijos a un mundo nuevo, si ello es posible?

—Eso es una serie de barbaridades, Haussman —cortó duramente Roger—. Ni podemos obligar a Suzuki a que elija «un» Adán, sólo por la obligación física de la procreación y supervivencia... ni quizás ella quiera elegir a ninguno... ni tampoco podemos confiar en que ser viviente alguno pueda venir al mundo, con un índice de radiactividad tal, que le haría nacer ya envenenado hasta los huesos... o muerto antes de ver la luz...

Los razonamientos contundentes de Roger parecieron impresionar a los demás. Se miraron entre sí, confusos. Karl Haussman enrojeció. Harry Wagner se encogió de hombros y Nelson y Zadov no supieron qué hacer ni qué decir.

Pero ninguno insistió sobre el difícil problema, y Marcel se dirigió hacia Suzuki, tratando de hacer comprender a la joven lo humano de las debilidades de sus amigos.

—Debe disculparles, señorita Talura —empezó, cohibido—. Ellos... ellos siguen creyendo que la Humanidad puede rehacerse... que es posible, después de todo, volver... volver a empezar...

Suzuki le miró. Llana, abierta y dulcemente.

—¿Y... es realmente posible? —preguntó sin rodeos, con su dulce sonrisa de bondad y de inteligencia.

—No... no sé —Roger arrugó el ceño. Por los surcos de su frente, se deslizó el sudor—. Es difícil saber nada en estos momentos, compréndalo. Vivimos una etapa de transición, de adaptación tal vez. Y cuando nos sintamos perfectamente adaptados... es posible que estemos ya muertos, o en los umbrales de la muerte. Así es todo.

—No crea que yo no lo entiendo. Llevo meses enteros sola, encerrada ahí, sin otra distracción que reflexionar, pensar sobre todo lo que ha sucedido, lo que sucede... y lo que NO sucederá.

Porque cuando yo desaparezca... cuando «todos» desaparezcamos... no quedará nada. Nada más que esos monstruos atroces, despertados quizás de un sueño de siglos, bajo glaciares y congelaciones eternas, en las zonas polares, y vueltos a la vida por la magnitud misma de los residuos radiactivos que gravitan sobre la Tierra....

—Sí, sé que así es. Y ya que habla de esos monstruos... ¿cree usted que puede haber muchos otros de su especie, sueltos ahora por el mundo actual?

—Sinceramente... sí. Creo que hay muchos. Y no sólo del tamaño de ese... «tyranosauro».

—¿Cómo?

—Sí, ¿recuerda lo atinado de la detección del invento de mi padre? «Seres vivos... no humanos... de gran volumen...» Y otros: «Seres vivos... no humanos... de tamaño reducido». A «esos» AÚN no los hemos visto, Roger...

Marcel se estremeció, mirando en torno, a la noche densa, sombría. A la noche que parecía ser ya eterna sobre el planeta... Sí, tal vez existían. Si los otros habían existido, ¿por qué no esos? En alguna parte, dentro de aquellas tinieblas de muerte... quizás EXISTÍAN...

—Por si no existieran ya suficientes problemas en nuestro pobre mundo... —hizo un gesto, abarcando en torno, la terrible soledad de la ciudad japonesa, desierta ante la Nada de más allá de sus límites —. Aún hemos de preocuparnos por otros. ¿Merece la pena vivir?

—Siempre merece la pena vivir... y desear que la vida continúe, más allá de nosotros mismos y de nuestra propia existencia... —murmuró lentamente Suzuki, con una luz agridulce en el fondo de sus pupilas.

—Sí, tal vez... —Roger la miro largamente. Luego, tras una pausa tensa, difícil, habló con serenidad—: Por eso voy a pedirle algo, Suzuki... Por esa misma razón que usted sostiene...

—¿Qué es ello, Roger?

—Vamos a salir de Hiroshima, Aquí, nada existe que nos ligue a los seis... salvo el recuerdo del infortunado Jameson, muerto en sublime sacrificio, para que yo tuviera tiempo y ocasión de salvar a los demás. Creo que, de existir esas criaturas monstruosas, creadas o revividas por la propia energía nuclear desatada, por los residuos atómicos y por la descongelación de grandes zonas heladas durante siglos enteros, es muy posible que estas zonas del Japón e inmediatas, las más afectadas por la acción nuclear, durante decenas de años, sean las más sometidas a la acción de esos

monstruos del átomo… Por tanto, nos vamos a puntos más seguros. Usted, si quiere, puede quedarse. Pero sería mejor que todos fuésemos juntos. No me gustaría dejarla sola… ni siquiera aunque deseara realmente morir en Hiroshima, su tierra natal.…

—No, no deseo morir en Hiroshima —sonrió ella—. Realmente, no deseo morir en parte alguna. Si es inevitable la muerte, la afrontaré con valor y resignación. Pero nada más.

—Bien. En ese caso, Suzuki…

—Me iré con ustedes. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —asintió Roger, entusiasmado.

—Pero recuerde esto: no he elegido «todavía» a «mi Adán»… —y le guiñó un ojo, con aire irónico y divertido, que aumentó de grado al advertir el enrojecimiento súbito de Marcel.

—Lo… lo tendremos presente… «todos» —aseguró con firmeza. Y añadió, con aire contrito—: Perdónenos a todos, por favor… Creo que los hombres, seguiremos siendo iguales… ocurra lo que ocurra. Especialmente, si hay una mujer por medio…

CAPÍTULO VIII
LA «OTRA» ESPECIE



UÉ te parece esa extensión, Wagner?

Harry miró hacia el punto adonde Zadov, ahora al cargo de los mandos del «Argos», señalaba. A través de los visores frontales, la visibilidad no era ciertamente buena. Las densas brumas, los jirones de neblina que envolvía la Tierra, en una capa tenebrosa, convulsa y letal, cuajada de radiación, dificultaban mucho la visibilidad. Tuvo que recurrir a la pantalla de TV de a bordo, graduando los teleobjetivos de gran distancia, hasta que la imagen sin detalle, amplia y panorámica, se concretó sobre el rectángulo fluorescente, a una visión cercana del terreno, relativamente frondoso, con árboles no agostados totalmente, y vegetación aún sin extinguir. Parecía imposible que aún hubiera vegetación.

—Está bien —aceptó Harry Wagner—. Creo que es un buen sitio. Siempre será preferible eso que un pedregal o un desierto, para pasar el tiempo que sea preciso, antes de adoptar la decisión final.

—¿Qué decisión? —se interesó el ruso, intrigado.

—La de quedarnos a morir… o salir de la Tierra, en busca de una remota esperanza de vida.

—Creí que eso estaba decidido ya, Wagner.

—Lo estaba —asintió el americano—. Pero hay algo que ha cambiado sustancialmente la situación. Y, por ende, puede trocar, totalmente nuestro destino. Eso es lo que vamos a tratar ahora, Zadov.

El ruso dijo:

—Entiendo. Esa muchacha, la japonesita…

—Sí —Wagner entornó los ojos, soñadores—. Es una muchacha… encantadora…

—¿Te gusta a ti? —sonrió Zadov.

—Oh, por supuesto. ¿A ti no?

—En realidad, creo que nos gusta a todos —dijo Zadov, pensativo—… Es mujer, y eso basta. Pero además es bonita, inteligente… y muy joven. Eso lo hace todo más difícil aún. Somos

cinco hombres, suspirando por una misma chica. Por eso no me hago ilusiones. Después de todo, creo que será Marcel quien la gane…

—¿Por qué Marcel? —aulló Wagner, enfurecido—. ¡No tiene derecho a nada especial! ¡Es igual que todos nosotros!

—Él, quizás no tenga derecho. Pero ella, sí. Y elegirá a Marcel, estoy seguro.

—¡No lo acepto tampoco! —replicó Wagner, irritado—. ¡Esto no es un baile dominical, donde la chica elige su pareja! ¡Estamos en una auténtica disyuntiva terrible, en una encrucijada vital para la especie humana! ¿Por qué ha de elegir ella al hombre que ha de continuar la especie humana sobre la Tierra?

—Creo que es la que tiene más derecho.

—Esto es algo más que un derecho personal, Zadov. Suzuki tiene que ser la… la esposa de uno de nosotros. Y de esa unión, puede surgir la Humanidad del mañana…

—Eso es una tontería, Wagner —dijo alguien, a su espalda—. Sólo existirá un dos por ciento de probabilidades favorables de que la generación nueva sobreviva, de que nuevos hijos salgan a la luz, bajo esa atmósfera de radiactividad…

Harry se volvió. Era Pierce Nelson, serio y flemático, quien hablaba desde la puerta de la cabina. El americano replicó, enfáticamente:

—Sigo sin estar de acuerdo contigo, Pierce. Pero aunque esas posibilidades fuesen así… es preciso intentarlo todo.

—¿Te das cuenta de que hablamos de esa chica como si fuese un objeto, como si ella no tuviera voz ni voto en la cuestión? —sonrió el inglés.

—¿Y no somos nosotros los que hemos de resolver, Pierce?

—¿Por qué nosotros? Somos seis personas ahora. Seis, frente a la Eternidad, frente a la Vida o la Muerte… Los clarines del Juicio Final, esperan a nuestro destino para sonar, llamando a todos los seres que existieron… o para seguir callando, durante otro espacio de siglos. Si cada ser tiene derecho, por el simple hecho de ser criatura de Dios, ¿qué derechos no tendrá esa muchacha, la única mujer superviviente de la Humanidad?

Confuso, Harry Wagner inclinó la cabeza. Respiró con fuerza, peinándose con los dedos sus rubios cabellos. Cuando habló, había cambiado mucho su tono:

—Perdonad. Creo que tenéis razón. Estoy algo ofuscado. Y no sé por qué.

—Yo, sí sé por qué —sonrió Nelson—. Estás enamorado de

Suzuki.

—Bien. ¿Y si así fuese? —le desafió Harry—. Antes, la hubiera mirado con desprecio por su color, por su raza. Pero he aprendido muchas cosas en poco tiempo. Ahora sé lo poco que significa el color de la piel. Y sé que amo a esa chica, lo confieso. ¿No es justo que así ocurra, Pierce?

—¿Justo? Es lo más lógico y humano que podía sucederte, Harry. Te comprendo muy bien. Pero te ruego que tengas serenidad. Y sentido para todo.

—Si me pides eso, es que no me comprendes. No puedes comprender lo que es amar a una muchacha, si hablas así.

—Te equivocas, Wagner —suspiró amargamente Nelson—. Lo sé muy bien. Por eso te hablé de tal forma. Después de todo, también yo soy humano. Y creo que también estoy enamorado de esa deliciosa criatura llamada Suzuki…

* * *

—Ya descendemos —informó Roger lentamente, apartándose de los visores, por los cuales percibían, aunque borrosos, los perfiles de la frondosa zona vegetal a la que descendía la nave del espacio que fuera salvaguarda de sus vidas—. Parece un lugar apacible. Y su índice de radiactividad es mucho menor. Tal vez la clorofila de las plantas y vegetales, influya en la absorción de partículas radiactivas, no sé…

Suzuki asintió, pensativa, sin dejar de mirar a Roger. Luego, habló melosamente:

—Me habla de eso, y está pensando en otras cosas, Marcel. Dígame, ¿qué es lo que le preocupa?

Marcel sonrió con ironía, llegando junto a Suzuki. La miró, confuso:

—Tiene cierta gracia que, en estos momentos, pregunte usted si algo me preocupa. La respuesta debería de ser obvia. Pero sé por dónde va. Y debo contestarle con sinceridad. Sí, Suzuki. Yo… yo estoy preocupado por algo. Y mi mayor preocupación es, precisamente, usted.

—¿Yo? —la joven japonesa pareció asombrada. Lo demostró con un gracioso, ingenuo gesto, que aumentó su encanto—. Oh, eso es fácil de resolver. Vuelvan a dejarme en Hiroshima. ¿No dejaría eso las cosas arregladas?

—Ni mucho menos —rió Marcel—. Ya no hay nada que pueda arreglarlas, una vez ha surgido usted, Suzuki… La hemos visto, la hemos tratado… y sospecho algo terrible.

—¿Qué es ello? —se alarmó la joven.

—Los seis estamos enamorados de usted.

—Oh, ¿y eso lo considera tan terrible? —Suzuki rió de buena gana—. Es lo más halagador que pueda escuchar cualquier mujer. Incluso en estos momentos.

—Recuerde que usted no es una mujer vulgar. Es... es la última mujer sobre la Tierra... y el amor de seis hombres, que son también los últimos en la superficie del globo terrestre... sólo puede traer calamidades. Y problemas muy serios a la reducida comunidad que formamos.

—Ya le dije que aún no elegí a «mi» Adán. Pero cuando lo elija, los problemas dejarán de existir...

—O empezarán a ser más graves —declaró, con voz tensa—. Cuando los sentimientos humanos: la pasión, el amor, el deseo, jueguen sus bazas, las personas se pueden convertir en seres irritables, rencorosos, incluso perversos... Y todo eso, solamente puede conducir a un desastre.

Suzuki asintió, mirándole con expresión grave en sus brillantes y rasgados ojos oscuros. Lo entendía muy bien y ya no bromeaba. Cuando habló, lo hizo seriamente, casi asustada:

—Dios mío, la especie humana jamás aprenderá la gran lección... ni siquiera ahora. Ni con seis seres vivos sobre la faz del mundo, es posible la armonía, la comprensión, la tolerancia y el buen sentido... ¿Qué va a sucedernos, en ese caso?

—No lo sé. Y, sinceramente, Suzuki... tengo miedo —dijo roncamente Marcel Roger.

La muchacha exclamó:

—Sí, creo que yo también...

La japonesita se estremeció. En aquel momento, sucedió algo. La puerta de la cabina de observación donde se hallaban los dos, dentro del «Argos» se abrió suavemente. Ambos volvieron la cabeza. El que entraba era Karl Haussman. Traía la expresión grave, taciturna y un tubo de ensayo en su mano totalmente taponado y envuelto en un tejido metálico que Roger conocía muy bien: malla plastmetálica refractaria a la luz exterior, al aire y a toda clase de gérmenes.

—Marcel, tengo que hablarte de algo —dijo con voz grave el alemán—. Es algo serio. Me gustaría hablar a solas contigo.

—¿Y yo no puedo escucharlo? —sonrió Suzuki, burlonamente.

—Preferiría que no —declaró Karl—. Si Marcel opina después que debe conocerlo, que se lo refiera él. Yo, creo cumplir un deber de acuerdo con mi trabajo, al hablar así.

—Está bien —Suzuki cortó una protesta de Roger con un gesto—. Déjelo, Marcel. Prefiero que Haussman obre de acuerdo con su criterio. Ya me informarán, si lo creen conveniente. Les dejo. Voy a la cabina de control, a ver cómo nos posamos en tierra… Oh, por cierto, ¿en qué lugar creen que vamos a posarnos ahora?

—No lo creo, lo sé —dijo Haussman, esforzándose ahora por ser cordial—. Australia.

—Me gusta Australia —suspiró Suzuki, dirigiéndose a la puerta. Y mirando a Roger, añadió lentamente—: Veré cómo se posa el «Argos» en tierra. Y me cuidaré de «mis» Adanes.

Salió. Se quedaron solos los dos hombres. Marcel, frunciendo el ceño, miró a Karl Haussman, que, tras comprobar que la puerta estaba cerrada y nadie tras ella, se acercó a él con aire misterioso.

Marcel estaba impaciente.

—¿Y bien? —indagó—. ¿Qué es lo que sucede? ¿A qué todo ese misterio, Karl?

—He hecho un descubrimiento horrible, Roger —dijo roncamente Karl—. Es algo relacionado con alguien de esta nave, del «Argos»… Uno de nosotros seis…

—¿Qué pasa con nosotros seis y ese uno? —se intrigó Marcel, estupefacto.

—Este líquido —mostró el tubo de ensayo—. Es una muestra tratada químicamente. Algo horrible, amigo mío…

—¿Acabarás de una vez?

—Sí… Lo he encontrado en un mueble del «Argos»… Creí que era sangre, de alguno de nosotros que se había herido… Pero luego, observé reacciones raras en su color. Lo analicé… Lo sometí a diversas pruebas… y tuve la solución. Ya te dije… que es espantoso, realmente espantoso.

—Bien, ¿qué sucede? ¿Va a morir de radiactividad alguien? ¿O de alguna enfermedad desconocida acaso?

—No, no. Es algo peor…

—¿Peor aún? No te entiendo, Karl… Habla, por amor de Dios…

—Roger, yo… yo no sé cómo decírtelo, pero… UNO DE NOSOTROS… NO ES HUMANO… Esta sangre… esta sangre es como la de un monstruo… ¡UNO DE LOS SEIS ES REALMENTE UN MONSTRUO QUE APARENTA SEGUIR SIENDO HUMANO!

—¡Karl! ¿Estás loco?

—Es real, Roger. Yo no me equivoco en cosas así. Un monstruo… peligroso, criminal…

—Pero Karl, ¿quién? ¿QUIÉN? —gimió Marcel, lívido.

Haussman exclamó:

—No lo sé… ¡NO LO SÉ!… Y ni siquiera sé cómo vamos a averiguarlo…

* * *

El «Argos» se posó suavemente sobre un lecho de plantas frondosas, de un verde parduzco, que quizás denotaba así su decadencia. La decadencia vegetal de la Tierra, unida inexorablemente a todo el agotamiento progresivo de las formas de vida orgánica.

Pero todos respiraron con alivio, al sentir los potentes reactores a fotones de su popa hemisférica, situándose suavemente encima del terreno firme, en aquella zona bien poblada de Australia.

Después de todo, se asentaban en tierra firme, sobre un suelo de probada solidez. Lo demás, era ya algo a lo que se habían ido adaptando sus espíritus y sus mentes. Al silencio letal, a la atmósfera de muerte del planeta, ya no la extrañaban tanto como en un principio. Siempre sucedía así.

—Bueno, ya estamos —suspiró Zadov, frotándose las manos—. Supongo que será mejor explorar previamente estos lugares.

—Sí, valdrá más así —dijo Harry Wagner, estremeciéndose—. No me gustaría ver ante mí a otro «tyranosauro» o cosa parecida.

—Al parecer, Roger ha elegido bien el punto de destino esta vez —dijo Igor—. Australia es uno de los lugares menos agitados por vientos contrarios que puedan traer residuos nucleares. Aquí, no es fácil que existan monstruos de la especie del visto en el Japón, de los que, sin duda, hay ahora centenares en las zonas polares Ártica y Antártica, y en otros puntos del globo, más afectados por la lluvia radiactiva atmosférica.

—Aun así… no estoy tranquilo en ninguna parte —declaró Wagner.

—Yo tampoco, muchachos —dijo a sus espaldas la voz de Marcel Roger—. Vamos a explorar esto. Podéis ir a vestiros para la excursión en torno al «Argos». Iremos todos. Solamente se quedarán a bordo dos personas: Suzuki y Karl Haussman.

A su lado, Karl asintió. Wagner y Zadov se alejaron, para seguir las instrucciones del joven francés. Éste, una vez solo de nuevo con Haussman, se volvió hacia él. Los rostros de los dos hombres dejaron de disimular. Roger le estudió intensamente, y Haussman se encogió de hombros.

—Ya te lo dije, Roger —manifestó—. Es virtualmente imposible averiguarlo así… Necesitaría una muestra de la sangre de cada uno para saber… para saber si Zadov, Wagner, si Nelson, tú, Suzuki, estáis fuera de toda posibilidad de ser… «eso» que he descubierto.

—Dios mío... —Marcel se pasó una mano por la faz, bañada en sudor—. Por si no hubiese ya bastantes preocupaciones... ahora surge esto. Haussman, vayamos por partes. No he visto claro todavía. ¿Qué es lo que analizaste? ¿Realmente sangre humana?

—Tiene su color y su aspecto, sí. Yo encontré la mancha en un mueble, ya te lo dije. Pensé que alguien se había herido o había tenido una hemorragia nasal o algo así. Conoces mi modo de ser. Quise analizar la muestra, por si alguien de aquí sufría ya envenenamiento radiactivo, y hasta qué extremo... El análisis ha dado un resultado horrendo, Roger. Parece sangre humana... pero no lo es. Es un líquido denso, que imita a la sangre, que quizás lo fue antes. Sabemos que tuvo que serlo, porque es de uno de nosotros. Pero ahí acaba todo. La naturaleza de esa supuesta sangre, es realmente increíble. Algo así como si su poseedor fuese una especie de reptil, de saurio, de algo parecido... no humano. He estudiado a los seres vivos según sus grupos sanguíneos, antes de dedicarme a la Astronáutica, tú lo sabes. Pues bien, Roger, esa sangre pertenece, por fuerza, a un ser monstruoso, a un criminal infrahumano... que SABEMOS QUE APARENTA SEGUIR SIENDO HUMANO.

Roger dijo:

—Es eso lo que me trastorna, Haussman... Esa idea... no acabo de concebirla...

—Es fácil, si uno se adapta a los hechos. Quizás la persona afectada de esa rara transformación interior, sólo lo ha sido MENTAL y SANGUÍNEAMENTE. Pero el mal llegará a todos los tejidos, el ser evolucionará, en tal línea, hasta disolverse su aspecto humano en una materia nueva y horrible. De momento, una especie de freno, de subconsciente, le mantiene normal en apariencia. E incluso tal vez, él mismo lucha dentro de sí por no ser lo que ES. Y en la pugna, perderá. Esa sangre ya no tiene nada de humana, Roger. Incluso pronto perderá su color. Virtualmente, te repito que UNO DE LOS SEIS NO sigue siendo el que hemos conocido. Pero es terrible la virulencia de ese mal, que puede ser efecto radiactivo o efecto de la corrupción total de la atmósfera terrestre, en una determinada circunstancia, o una forma de virus, bacteria o tumor maligno, jamás visto antes, y producido por el largo viaje espacial, o acaso por el contacto breve con Marte que tuvimos, asimilando alguna bacteria de allí... Y un día, en un momento determinado... ese alguien será un monstruo FÍSICO, tal y como ahora lo es ya MORAL y MENTALMENTE, aunque luche por no parecerlo. Nos acecha tal vez, Roger. Nos acecha... y nos destruirá. Sé que el

poseedor de esa sangre es una especie de fiera estelar, de monstruo jamás visto antes...

—En definitiva... no sólo hemos de guardarnos de los peligros externos... sino de uno de nosotros.

—Eso es.

—Pero Haussman, tú puedes descubrir eso, analizando las sangres de todos nosotros. Tienes que hacerlo, ¿te das cuenta?

—Sí, Roger —suspiró Karl—. Yo sólo puedo estar seguro de una cosa: yo no soy el dueño de esa sangre. Puedo probar contigo, analizar tu sangre. Pero ¿y la de los demás? ¿Qué puedo decirles para justificar la extracción del líquido sanguíneo?

—Hay pretextos, Karl. La radiactividad, el grado de intoxicación de cada uno...

—Ellos son científicos también, Roger. Saben que no hace falta eso. Pero lo haré, a pesar de todo. Y seguramente, despierte las suspicacias de él...

—Hay que correr el riesgo.

—Hay otro problema. Se tarda mucho en analizar, en estar plenamente seguro...

—Bien. Siempre será mejor que no saber nada. Analiza, tarda lo que sea. Está decidido. Antes de salir, te daremos muestras de nuestra sangre. Tú te quedas aquí con Suzuki a esperarnos de regreso de la excursión. Y analiza lo más rápido que puedas.

—Convenido, Roger... —Karl respiró con fuerza. Luego, levantó la vista, fijándola en el joven francés—. Otra cosa...

—¿Más aún?

—Sí. Quizás una de las más importantes... Por contacto, ese ser puede INOCULAR a otros... Puede contagiar su mal terrible... a TODOS. Y convertir el grupo en una perfecta agrupación de monstruos...

Marcel Roger se estremeció. Sabía que Karl Haussman no era un alarmista. Y, además, siempre había sido un antropólogo notable. Si él aseguraba eso... era que ciertamente existía la clase de ser mencionado.

Un monstruo interior, con apariencia humana... Una fiera desconocida, en estado de gestación dentro de un ser humano... al que todos conocían como a tal.

Pero... ¿Quién de ellos?

* * *

Contemplaron la extensión cubierta de vegetales. Tras las escafandras plásticas, los ojos de los expedicionarios escudriñaban cada rincón, entre las altas hierbas, los árboles en periodo de

evolución hacia otras formas, aspecto y naturaleza, y los vegetales de mayor volumen, todos ellos de un lívido tono verdoso, enfermizo.

Al parecer, aquella zona austral, casi selvática, no encerraba peligros. Si alguna vez hubo en ella animales salvajes, habían dejado de existir. Ahora, solamente había silencio, quietud, densidad de nubes plomizas sobre la extensión fértil y exuberante de otros tiempos.

—Bueno, esperemos que aquí no haya «mamuts» y «diplodocus» —rió Pierce Nelson, con agrio humorismo—. ¿En marcha, Roger?

—En marcha —asintió Marcel, saliendo de su abstracción—. Id con mucho cuidado. Y no olvidéis detectar la cantidad de radiactividad, de veneno atmosférico y de volumen de oxígeno existente en este lugar, por el hecho de ir buscando monstruos prehistóricos. Todo es importante ahora. Y tan mortal puede ser una cosa como otra.

—Es cierto —rió Wagner—. Y si no, que se lo pregunten a Karl Haussman. Ahora se le ha ocurrido la peregrina idea de medir nuestro grado de intoxicación radiactiva por medio de análisis químico. Es todo un hallazgo, ahora que existen los procedimientos electroanalíticos y los detectores magnéticos. Creo que Haussman chochea un poco, ¿no te parece, Roger?

Marcel asintió, sin responder. Era inevitable. No podía resultar fácil engañar a un grupo de expertos en cuestiones científicas, después de todo. Karl ya lo había dicho.

Miró atrás, al «Argos», donde se quedaran él y Suzuki. Esperaba que en el periodo de un par de horas, que sería lo que tardarían en volver de su exploración en torno al vehículo espacial, Haussman habría descubierto ya algo…

Casi le asustó la idea. Sobre todo, por si era Suzuki la que… Apartó de sí tal pensamiento. No, no podía ser ella. En modo alguno. Miró de soslayo, con desconfianza, a los demás. Solamente podía estar seguro de algo: él, Marcel Roger, no era. Pero estaban allí Zadov, Wagner, Nelson… Tres posibilidades, aparte la propia Suzuki. Uno de los tres, sí. ¿Cuál de ellos podía desenvolverse normalmente… llevando dentro de sí sangre y tejidos monstruosamente evolucionados, por la acción de un raro germen, procedente acaso de Marte?

Era obsesionante, como una pesadilla. El más horrible e inconcreto de todos los peligros espantosos, abordados por el grupo de supervivientes de la humana especie, en aquel nuevo mundo cuajado de horrores…

* * *

—¡Mirad! —exclamó de pronto Zadov—. ¡Mirad allí, muchachos!

Todos siguieron la dirección que señalaba el brazo del ruso. Descubrieron lo que llamaba su atención, tras casi una hora de minuciosa, lenta y satisfactoria exploración. Incluso el aire, denotaba allí un índice mayor de oxígeno, y muy reducido de radiactividad... Y eso, en aquellas circunstancias, ya era algo...

Una gran cantidad de plantas del tamaño de palmeras sin tronco, a ras de tierra, se mostraban con un verde brillante, jugoso. En su centro, frutos esféricos, del tamaño de grandes piñas, y coloración violácea. Tenían un aspecto apetitoso. Uno, se hallaba agrietado, y rezumaba una pulpa rosada, de apariencia fresca y jugosa. Los expedicionarios sintieron el aguijón del hambre, el deseo de probar algo más que píldoras...

—¡Eh, observad esto! —gritó a su vez Wagner—. ¡El contador Geyger... señala RADIACIÓN NULA, en dirección a esas plantas! ¡No poseen radiactividad!

Era un hallazgo asombroso, pensó Roger, estupefacto, contemplando los bellos y nuevos frutos, jamás visto antes, las radiantes plantas de brillante verde jugoso... Un lugar rodeado de tales plantas, quizás sería respirable. La planta absorbía radiactividad, era evidente. Y la aniquilaba, al absorberla. Algo así como el oxígeno que generan las algas, pero a la inversa.

—¡Un momento, Zadov! —avisó, al verle avanzar—. ¡No te arriesgues aún, espera a que comprobemos si...! ¡Zadov, vuelve!

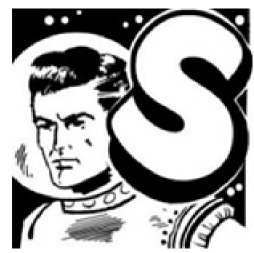
Pero el ruso, quizás espoleado por el apetito o por el júbilo del hallazgo, se había precipitado, moviéndose hacia adelante. No oyó o no hizo caso a Marcel, y pisó la verde planta, alargando su mano enguantada hacia los frutos.

Justamente entonces, supo Roger, supieron todos, cuál era aquella «otra especie de vida no humana, de reducidas dimensiones, que Suzuki captara en su detector».

Zadov gritó horriblemente, cuando la planta, voraz y rápida, cerró sus grandes, poderosas hojas, como una piña monstruosa, en torno al ruso...

—¡Dios mío! —rugió Roger—. ¡Mirad eso! ¡PLANTAS CARNÍVORAS DE UNA NUEVA ESPECIE!

CAPÍTULO IX
... Y SIGUE LA PESADILLA



IN duda, Zadov forcejeaba dentro del cerrado hueco que formaran las hojas de la planta. Se advertía su movimiento. Pero también se advertía algo mucho peor.

La planta apretaba más y más... estrechando su cerco goloso en torno al hombre encerrado dentro. Roger, alucinado, avanzó algo más, sin ponerse al alcance del cerco de apetitosas plantas brillantes, cualquiera de las cuales era una asesina feroz, en potencia, esperando su presa.

Descubrió, que todo el vegetal PALPITABA... Poseía vida, una vida que sin duda absorbía del aire envenenado. La radiactividad penetraba en la planta, dándole fuerza y vida... y haciéndole expulsar oxígeno limpio y abundante, por una asombrosa transformación.

Pero las plantas aquellas no podían convivir con ser viviente alguno. Devoraban todo lo que había a su alcance. Y, lo que era peor, parecían INTELIGENTES.

Roger, desesperado, elevó su fusil. Esta vez sí lo había llevado consigo. Disparó una granada eléctrica sobre las hojas que engulleran al imprudente Zadov. Las hojas duras y gruesas vibraron, bajo el impacto azulado. Pero nada ocurrió. Dentro, se oyó un grito horrible, luego un crujido. La escafandra de Zadov había cedido a la presión intolerable y atroz de la planta viva...

Angustiados, se miraron todos, impotentes para afrontar aquel peligro, para salvar la vida de Zadov, encerrado para siempre en un dogal vegetal de fuerza tremenda.

—¡Hay que sacarle! —gritó roncamente Nelson, moviéndose hacia la planta, resueltamente.

—¡Quieto! —rugió Marcel, frenándole—. ¿No te das cuenta de que engullirá todo lo que se ponga a su alcance! ¡Es una planta VIVA e INTELIGENTE, y ofrece sus frutos, precisamente para que resulte tentadora... Y ELLA LO SABE! Se nutre de radiactividad. Pero también de carne animal si se le ofrece... Por eso aquí no hay monstruos vivientes, por eso no existe apenas radiactividad... y por

eso el aire aparece saturado del oxígeno que esas plantas emiten...

Estudiaba a la planta, mientras hablaba. Disparó nuevas cargas eléctricas, lo mismo que Nelson y Wagner, pero todo en vano. El vegetal hambriento no soltaba su presa ni parecía vencido.

Y, de súbito, Roger vio aquello, palpitando casi a ras del suelo, bajo las hojas... Era como un fruto más. Pero no era un fruto, sino una especie de bolsa, similar a aquella en que los pulpos llevan su tinta. Brillante, de color azulado... y PALPITANTE.

Resultaba nauseabunda. Pero quizás era el punto vital. Se acercó más y más. Roger peligraba, porque había cerca la tentadora extensión de otro arbusto similar, con sus violáceos frutos, y los «brazos» vegetales totalmente inmóviles, esperando a su presa...

Saltó sobre esas hojas audazmente, ante los gritos de Nelson y de Wagner. Luego, extrajo algo de su cinturón. Esta vez, era un cuchillo eléctrico, de gran potencia. Lo disparó, presionando el resorte del mango. Salió disparada la hoja azul, centelleante.

Hincóse con violencia en la bolsa o esfera azulada que latía. Hubo algo raro, como un sonido parecido al chillido de una rata aplastada. Podía ser la salida sibilante del líquido espeso, azul, de aquella bolsa, en repugnante cauce, o podía ser... COMO UN GRITO del vegetal herido...

Sus grandes hojas voraces se agitaron y se abrieron, soltando un cuerpo sangrante, roto, inarticulado, que rodó por el suelo, sin la menor apariencia de vida... Era Zadov.

La planta se retorcía, perdiéndose el humor espeso de su bolsa. Roger apretó los labios con ira, viendo la agonía del feroz vegetal. Había vencido al fin. Pero la vida de Zadov, ya no podía ser salvada...

Wagner saltó entre los vegetales carnívoros, alcanzando al infortunado Zadov y sacándole de allí. Roger le siguió, precavido, disparando chorros de energía eléctrica de alta tensión sobre las bolsas de otras plantas similares. Estas reventaban, al contacto, y los vegetales carnívoros empezaban sus estremecimientos agónicos, agitando las hojas vivas como en una dantesca, imposible danza de seres de pesadilla...

Se apartaron del horrible lugar, llevando consigo a Zadov. Wagner lo puso sobre la hierba, en un lugar alejado del espantoso cerco de vegetales vivientes. Le examinaron atentamente. El resultado no era muy alentador.

—Ha muerto —dijo roncamente Pierce Nelson—. El vegetoide le destruyó, al aplastarle el tórax...

Roger asintió lentamente. Lo había sospechado así, nada más ver

salir del encierro vegetal al infortunado Igor. Se persignó ante él.

Luego, alzó la cabeza, mirando a sus dos únicos compañeros. Habló, con tono ronco:

—Ahora, ya somos menos. Solamente cinco, en total… Cinco, frente a la Eternidad…

Y no añadió lo demás. No explicó que de los cinco, uno no debía de contar, porque quizás era una especie de bestia espacial, una nueva clase de monstruo, invadido por un virus horrendo…

—Creo que será mejor marcharse —manifestó con voz ronca—. Este lugar, tampoco parece apropiado para vivir en él… a pesar de su aire, más respirable. Esas plantas se reproducirán quizás a millares… y pronto invadirán la Tierra, haciendo imposible toda otra clase de vida. Debemos hacernos a esta idea: nuestro mundo ya no es el que conocimos. Es… es como pisar un suelo extraño y apocalíptico. Hay nuevas formas de vida. Vidas que se adaptan a la radiactividad, que se NUTREN de ella. Eso demuestra que toda clase de existencias vivas son posibles en el Universo, que no forzosamente lo que a nosotros nos destruyen, como metano, nitrógeno, radiaciones nucleares, tóxicos y todo eso, puede impedir la formación de vidas y existencias muy diferentes en otros planetas lejanos. Los científicos hemos estado ciegos durante siglos, O la estupidez de nuestra propia soberbia nos cegaba hasta el punto de negar toda forma de vida que no fuese la nuestra, en ambientes como el nuestro…

Asintieron Nelson y Wagner. Acababan de dar sepultura a los restos del infortunado Igor Zadov. Luego, en silencio, oraron ante el montón de tierra que señalaba la tumba de uno de los últimos hombres de la Humanidad.

Después, en un silencio denso, agobiante, iniciaron la retirada. Emprendieron, lenta y cansadamente, el regreso hacia el «Argos». Volvía uno menos.

Y en la mente de Marcel, la idea obsesiva volvió a martillear, tras el momento de respiro marcado por la ceremonia fúnebre y su triste secuela natural:

—Ahora, somos menos… Y si no era Zadov el monstruo, cosa que no creo… quedan solamente tres sospechosos: Nelson, Wagner… y Suzuki.

Se estremeció, con la mente fija en el «Argos», adonde regresaban ahora. Las probabilidades se reducían. Y, con ellas, el cerco de personas sospechosas.

Pero el horror aumentaba. Marcel lo sentía dentro de sí, atenazándole violentamente. Adueñándose de él con la fuerza

estremecedora de todo lo horrible.

* * *

—Ya tenemos cerca el «Argos» —manifestó roncamente Pierce Nelson, señalando la loma de verde espesura situada frente a ellos —. Al volver el recodo de esa loma, lo veremos, Roger. ¿Sabes una cosa? Casi me siento tan seguro como en mi propia casa allá dentro.

—Sí, es confortante —asintió Marcel—. Y Seguro. Más seguro que todo esto… Cada vez que lo hemos abandonado, hemos perdido una vida. Antes, Jameson… Ahora, Zadov…

—¿Quién será el próximo? —preguntó lúgubremente Wagner.

Marcel y Nelson le miraron con ira.

—No tiene gracia, Harry —le hizo notar el inglés, con espereza.

—Por el contrario, mi querido Nelson, yo le encuentro cierta gracia —rió con acritud el americano—. ¿Te das cuenta de algo? Estamos aniquilándonos. Es como una criba, que va reduciendo posibilidades.

—Posibilidades… ¿de qué? —inquirió Marcel, con una rara tensión en la voz.

Wagner le estudió, con sorpresa. Como si su tono le intrigara. Luego, sonrió, irónico.

—De rivalidad, por supuesto, mi querido amigo —declaró fríamente—. Rivalidad en torno a la única chica de esta aventura. Suzuki tiene demasiados galanes a su alrededor. No está mal que vayamos desapareciendo uno tras otro. Primero Jameson, luego Zadov… Ahora, sólo faltan usted, Nelson, y Haussman lo dejaremos. Es más viejo. Y Suzuki podrá elegirme a mí.

Marcel estudió a Wagner con ira. Apretó los labios, formando con ellos una estrecha línea en su faz crispada. Habló secamente:

—Opino como Nelson. No tiene gracia. Cierre el pico, o se lo haré cerrar yo, Wagner.

—¿Por qué se pone así? ¿Porque me gusta Suzuki y estoy dispuesto a luchar por ella, si hace falta? ¡Tengo tanto derecho como usted o Nelson, a aspirar a que esa chica me acepte a mí! ¡Deseo que alguien me sobreviva! ¡Alguien, con el nombre de Wagner, un hijo mío que…!

—Le dije que cerrase el pico —cortó abruptamente Marcel—. Aquí, nadie tiene más derechos que otro. Es una cuestión de dignidad humana. Aún no somos bestias, Wagner. La muchacha se ve obligada, como última mujer sobre la Tierra, a aceptar su destino. Pero de eso a forzarla a decidir, hay un abismo. Si quiere, puede escoger. Si no, puede esperar hasta que ella esté segura. Después de todo, tampoco creo que sea trascendental.

—¿Dice usted que no es trascendental la supervivencia humana? —aulló Wagner.

—Escuche, maldito charlatán, y sea sincero de una vez. La supervivencia humana le importa un cuerno. Sabe que ni siquiera hay muchas probabilidades de que viva nadie, si esto continúa así, lo que quiere, es que la chica sea para usted. Harry Wagner, no es un mal chico. Pero se deja dominar por sus pasiones, es débil... y eso me preocupa. No quisiera que lucháramos y nos aniquilásemos mutuamente, como una pandilla de asesinos al repartir su botín. Suzuki no es botín de nadie.

—Y nosotros... no somos asesinos —sonrió Nelson, sereno.

—De eso, no estoy tan seguro —replicó agriamente Marcel.

Pierce Nelson le miró con repentino sobresalto. Wagner frunció el ceño, sin entenderle. Pero Marcel Roger, para evitar explicaciones a su impulsiva réplica, siguió adelante, abriendo camino hacia el «Argos», y no les prestó mayor atención.

Los dos hombres emprendieron la marcha tras de él, en silencio también. Sólo al cabo de un rato, habló Wagner con voz ronca:

—Perdone, Marcel. Creo que he sido un estúpido. Usted tenía razón. Aún somos seres libres, dueños de nuestros actos y nuestro destino. Igual Suzuki. No volveré a decir esa clase de tonterías. Y procuraré no pensarlas tampoco.

—Claro —Roger se volvió, sonriendo—. No tiene importancia, Wagner. Todos estamos un poco histéricos. Y una mujer tenía que influir en nuestras reacciones. Vamos, amigos. El «Argos» está cerca. Quiero hablar con Suzuki y con Haussman. Y exponer un proyecto que acaso les interese.

—¿Un proyecto? —indagó Nelson, curiosamente.

—Sí. Me gustaría que sobreviviéramos. Y en la Tierra, eso no podrá suceder en modo alguno. Aún hay energía a bordo. Creo... creo que vamos a discutir de nuevo una vieja idea: ¿Nos quedamos a morir aquí... o probamos fortuna en una última aventura... fuera de este planeta?

—Nelson y Wagner se miraron entre sí. Luego, estudiaron a Marcel, con un gesto de simpatía y comprensión.

—Sí —asintió Wagner—. Quizás valga la pena discutirlo, después de todo...

—Es una esperanza —declaró Nelson—. Y, ciertamente, no estamos muy sobrados de ellas para rechazar el proyecto como inseguro o peligroso... Esto está lleno de peligros y...

—¡Atrás! —rugió de súbito Marcel, con expresión de horror, frenando en seco—. ¡Pronto, atrás...! ¡Miren eso!

Un nuevo horror emergía ante ellos. Algo que, aparentemente, sobrevivía con la radiactividad, quizás porque su sangre era fría y su naturaleza no sufría radiaciones… Sólo que la energía nuclear desencadenada había aumentado su tamaño terriblemente…

Era una araña. UNA ARAÑA DESCOMUNAL Y GRISÁCEA, DEL TAMAÑO DE UN ELEFANTE…

Había surgido de una grieta, en la loma, y se movía rápidamente hacia ellos…

CAPÍTULO X
EL MONSTRUO



ARCEL ROGER estaba empuñando su fusil ya, dispuesto tirar una carga eléctrica sobre el tremendo arácnido.

Veía los malévolos ojos del ser abominable, fijos en él... Pero su disparo falló. Con cabellos erizados por el horror, advirtió que no salía nada del chato cañón del arma. ¡Había agotado la carga en la pugna contra las plantas carnívoras!

Se estremeció, convulso, ya con la babeante forma velluda de la araña colosal a pocos pasos de él. Advirtió, angustiado, medio caído en tierra, dentro de su pesado atavío del espacio, cómo las patas del arácnido se alzaban, peludas y afiladas en sus extremos, cómo la boca del ser repulsivo que se alimentara siempre de insectos, se entreabría, para engullirle dentro de su nauseabundo fondo...

Entonces, Harry Wagner saltó impetuosamente ante él, con su fusil en ristre. Disparó dos cargas eléctricas sobre la araña. Pero ya ésta había soltado sus patas delanteras, y sus extremidades rasgaron el plástico del traje espacial de Wagner, rompieron como una cáscara de huevo la escafandra... Wagner, impertérrito, ante los gritos de Nelson, que corría ya en su ayuda, y los esfuerzos de Roger por incorporarse, disparó de nuevo, haciendo penetrar dos chorros de alta tensión en la boca del monstruoso arácnido...

La araña gigante se convulsionó, luchó por mantenerse en pie, y luego miró furiosa, cruelmente, a su matador, erguido ante ella, sangrante por el zarpazo terrible. Se derrumbó de súbito... pero encima de Harry Wagner.

—¡Atrás, cuidado! —chilló Marcel Roger, desesperado.

Wagner intentó salir, eludir el peso tremendo de la bestia... Pero no pudo hacer absolutamente nada. Tropezó, cayó de bruces, quizás falto de oxígeno para respirar... y la araña le aplastó bajo su pesada mole inerte, se convulsionó, encima de Harry Wagner y de su ronco chillido, rematado en un estertor...

—¡Vamos, hay que sacarle de ahí! —jadeó Nelson—. ¡Ayúdame, Roger...!

Marcel corrió, lo mismo que el inglés, junto al joven americano.

Pero cuando lograron extraerle de debajo de la mole grisácea y repulsiva, comprendieron que era tarde para hacer nada.

Harry Wagner había muerto.

* * *

—A no ser que otra especie de monstruos horribles hayan invadido el «Argos» en nuestra ausencia… al menos nosotros dos, estamos a salvo.

Pierce Nelson dijo esto con tono cansado, triste. Del cuarteto de exploradores, volvían ellos dos, solamente. Lentos, fatigados, hundidos bajo el peso de los horrores vividos fuera del «Argos».

—Ahora, tenemos la evidencia total. Lástima que haya costado tan cara —susurró Roger—. No estamos en un mundo muerto, sino en un planeta del que se ha borrado la vida humana… para surgir nuevas formas de vida, nuevos seres, de auténtica pesadilla… Es de nuevo como un mundo en formación, cuyo período de actividad se desarrolla vertiginosamente, quizás porque las propias radiaciones de los residuos atómicos del aire, provocan ese superdesarrollo de ciertas especies.

—Creo que Haussman, Suzuki y yo mismo, estaremos de acuerdo en todo —suspiró Nelson—. Vámonos de aquí, amigo mío. Incluso Marte, sería mejor para intentar la supervivencia de la especie humana… Quizás dentro de un siglo, de dos o de cien, nuestros descendientes, si los hay, formen un pueblo avanzado y fuerte, que pueda volver al solar de sus mayores, para conquistarlo de nuevo… Hoy por hoy, esto es un infierno, Marcel…

—Es lo que yo opino —asintió Marcel roncamente. Contempló el «Argos»—. Por fortuna aún tenemos nuestra nave… si es que todo está bien en ella…

Nelson era muy perspicaz. Se detuvo, mirando con expresión penetrante a Roger. Luego, estudió de reojo la forma metálica y sólida del «Argos», inmóvil sobre la planicie cubierta de vegetación. Y volvió a mirar a Marcel, para preguntarle tensamente:

—¿Si todo está bien en ella? ¿A qué te refieres, Marcel?

—Estaba pensando en voz alta, eso es todo.

—¿Me ocultas algo tal vez?

—La verdad… sí. Y creo que ya no hay motivo para ocultarlo. O tú o Suzuki… Uno de los dos tiene que ser. Wagner y Zadov se sacrificaron generosa, valientemente. Ellos no podían ser… el monstruo.

Nelson preguntó:

—¿El monstruo? ¿Qué monstruo? ¿Te has vuelto loco, Marcel?

—Uno de nosotros, sufre una progresiva evolución fisiológica y

mental, Nelson... Un virus, una bacteria, algo así, penetró en uno de nosotros. Haussman lo descubrió. Por eso pidió la sangre. El que la tenga como la que él halló en un mueble de a bordo, no será un ser humano, sino una bestia extraña y desconocida, capaz de destruir a los demás...

—Cielos. ¡Eso no es posible!

—Tal vez no. O tal vez estés fingiendo, para que no te descubra. O acaso Suzuki sea la que... Dios mío, no quiero ni pensarlo...

Siguieron adelante. Por el camino, Roger explicó detalladamente a Nelson lo que le contara Karl Haussman. El inglés le escuchó asombrado. Luego, se detuvieron los dos ante la puerta de acceso al compartimento estanco de entrada al «Argos».

—¿Entiendes ahora, Nelson? —preguntó Marcel, mirándole fijamente.

—Sí, sí... —asintió Pierce, ceñudo—. Lo que estoy, es tratando de recordar...

—Recordar ¿el qué? —indagó Marcel, mientras presionaba el resorte que ponía en funcionamiento el sistema automático de apertura de la entrada a la nave, desde el exterior.

Nelson dijo:

—Es que yo, Marcel... estoy seguro de haber visto a alguien golpearse el rostro contra el pico de un mueble metálico, en la cabina de almacenamiento... y no recuerdo ahora quién... Sí, sé que sangró, que se retiró, con un pañuelo en la nariz y... ¡Un momento, Marcel! Ya sé quién era...

Tenso, rígido, mientras la hoja metálica se deslizaba en el fuselaje del «Argos», dejando el paso abierto a los expedicionarios al compartimento estanco de seguridad, donde eran despojados de radiactividad por un superpurificador de toda clase de radiaciones, nucleares o cósmicas, Marcel Roger se volvió lentamente hacia Pierce, le miró, pretendiendo ver en su rostro alguna expresión especial, distinta, y preguntó por fin con voz tirante:

—¿De veras, Pierce? ¿Y... quién era esa persona? ¿Quién sangró, a bordo del «Argos»?

—Pues... pues sé que no vas a creerlo, Roger, pero... pero yo estoy plenamente seguro... —farfulló el inglés, perdiendo por primera vez su serenidad—. Pero el hombre que yo vi sangrar, era... era precisamente... el propio Karl Haussman...

En aquel preciso instante, dentro del «Argos» se oyó un grito terrible...

¡Era la voz de Suzuki, cargada de horror y de angustia!

* * *

—¡Suzuki! —rugió Marcel, que se disponía a replicar incrédulamente a la inesperada revelación de Nelson.

Se lanzó desesperada, furiosamente, hacia el interior de la nave espacial. Pierce Nelson le siguió resueltamente...

Ambos hombres corrieron a la desesperada, pero no podían hacer nada, mientras el superdesradiador les limpiaba de partículas atómicas que hubieran envenenado el aire interior de la nave. El grito de Suzuki se repitió, violento. Unos segundos más tarde el aparato de seguridad les permitía pasar automáticamente, y Marcel Roger y Nelson penetraron con violencia en la nave...

—¡Yo buscaré por aquí, tú ve hacia allá! —gritó el inglés, lanzándose por uno de los dos corredores circulares que llevaban a las dos grandes secciones de la nave espacial.

Marcel no se detuvo, en su carrera vertiginosa, pero comprendió que la medida de Nelson era prudente. Así agotarían antes las posibilidades de que Suzuki pudiera sufrir daño alguno bajo el ataque de Karl Haussman.

No se explicaba cómo era posible que, siendo él mismo aquel, monstruo horrible que anunciara, Haussman le refirió todo, le reveló la presencia de la bestia a bordo. Aunque tal vez había sido un alarde de agudeza... o una acción impulsiva, de su ser aún normal, luchando contra la parte enferma, cancerosa, de su naturaleza en evolución. Sí, decididamente, eso había forzado a Haussman a analizar su propia sangre, aunque olvidando, incluso, que era suya. Cuando la analizó y examinó, era aún Karl Haussman. Pero dentro de él existía ya la semilla maligna, el germen monstruoso que crecía... Ni siquiera había recordado que era su propia sangre, prueba evidente de que existían dos personalidades independientes en él... hasta que se fusionaran en una sola, horrible y desconocida.

La que ahora, sin duda, había hecho gritar angustiadamente a Suzuki...

Registró cabina por cabina, con furibunda rapidez. Tiró su fusil descargado y tomó otro, dirigiéndose de un lugar a otro, febrilmente. Pero siempre con resultado negativo. Entró en la cabina-laboratorio de Haussman. No encontró más que tubos, probetas y toda clase de aparatos. En el suelo, vio tubos de ensayo rotos, sangres diversas, manchando el suelo...

Se estremeció, convulso, angustiado por el terror. ¿Y Suzuki? ¿Y Haussman?

Ya había terminado con toda la zona. Pensó en Nelson, enfrentándose acaso a... a aquello que ahora podía ser Haussman...

A la desesperada, corrió de nuevo, hacia la bifurcación de pasadizos curvos, en medio de la nave. Gritó, con toda la fuerza de sus pulmones, sin cesar de correr:

—¡Nelson! ¡Suzuki! ¡Respondedme! ¡Nelson... Suzuki...!

Pero nadie respondía. De repente, un grito agudo, hiriente, estremecedor, lo más parecido a un chillido de animal aplastado, sacudió el interior del «Argos». Roger se detuvo, mortalmente pálido. Trató de analizar el punto de origen del grito. Lo imaginó:

¡La cola de la nave, encima justamente de los reactores! ¡Era en la cabina de fotones y energía!

Cargó a la desesperada, galería abajo, alcanzó una escalerilla. Vio allí una pulsera metálica, arrancada junto a un escalón metálico. La reconoció. Era de Nelson. Por allí había pasado el inglés. Siguió adelante, con expresión enloquecida, tratando en vano de serenar sus nervios, de contener los furiosos latidos de su corazón.

—¡Nelson! —gritó de nuevo—. ¡Suzuki!...

De nuevo el silencio por respuesta. Enloquecido, pasó por la cabina-almacén, por la cabina de electrónica, hasta llegar ante la puerta en que se leía: «Precaución. Cabina de fotones y energía.»

Era desesperante lo que sucedía.

Allí empezaban los motores a reacción de la poderosa nave. Su cuadro de energía, capaz de crear oxígeno, capaz de congelar el exterior, en la fricción de la nave con atmósferas planetarias, capaz de alimentar de luz a la nave, capaz, incluso, de crear la falsa, artificial gravedad que impedía flotar a los viajeros del espacio dentro del «Argos».

Y allí dentro... allí dentro debía de estar Haussman. Y Nelson. Y Suzuki...

Apuntó a la puerta metálica. Disparó un chorro de alta tensión, que provocó una sacudida. Pero no sucedió nada. La puerta resistía esa clase de cargas. Y era peligroso. Si los fotones se inflamaban, el «Argos» se destruiría.

Marcel Roger recordó las cápsulas térmico-corrosivas. Aún llevaba una en su cinturón, recuerdo de la lucha terrible con el monstruo en Hiroshima. Buscó, en el compartimento del cinturón. La halló. Tomó fuerzas, la estrelló contra la puerta, y retrocedió, arma en ristre...

Todo sucedió en un segundo. Sus precauciones fueron atinadas.

Al impacto termo-corrosivo, la puerta se arrugó, derritióse, disuelta por el ácido térmico. Y en el interior de la cabina, una escena horripilante, digna de la más escalofriante y atroz de las

imaginaciones, se ofreció a los ojos desorbitados de Marcel Roger…

Un ente viscoso, blando y repugnante, un ser cuya piel rugosa, amarillenta, parecía gelatina viva, se volvió irritado hacia él, con una luz infernal, espantosa, en sus pupilas deformes, en sus ojos saltones, inyectados de sangre, azules como fueran los de Karl Haussman, antes de «aquello»…

Manos crispadas, blandas, rugosas y fofas, soltaron los fragmentos descoyuntados, rotos, sangrantes, de un infortunado, vencido Pierce Nelson, que rodó como un pelele triturado, a los pies del espantoso ser de pesadilla.

—¡Haussman! —rugió Marcel, desorbitada su mirada ante el horror.

Sí, no había duda. Era Karl Haussman. Al fondo, yacía Suzuki, tendida sobre una plancha metálica, quizás a punto de seguir la suerte horrible de Nelson, inconsciente, y con sus ropas de seda rasgadas brutalmente, permitiendo ver su tez olivácea, tersa y juvenil, en el cuerpo maltratado…

Aquel monstruo adiposo, blando y horrendo, se movió jadeando de forma extraña, en dirección a Roger. La mutación, la metamorfosis del hombre en… en «aquello», se había verificado ya. El virus horrendo hizo su efecto sobre Haussman, la única persona de quien Roger no sospechara…

Se movía hacia él. Y Marcel sentía una rara paralización de sus músculos ante el horror. No sabía si había sido la muerte de Nelson, al intentar salvar a Suzuki, o la presencia amarillenta, gelatinosa, alucinante, de aquella «cosa» llegada quizás de otro mundo, en forma de virus en la sangre de Haussman, el buen amigo… Y del auténtico Haussman, nada quedaba ya. «Aquello» lo había devorado antes, convirtiendo su ser en materia fofa y cruel, repelente y poderosa…

—¡Lo siento, Karl, pero tú ya no eres mi camarada! —jadeó Roger—. No sé si esto será capaz de aniquilarte… pero si no es así, seremos nosotros los aniquilados…

Alzó el arma. Empezó a apretar el botón, como enloquecido. Uno, dos, tres, diez descargas azules, eléctricas, con el botón de alta tensión a su máximo nivel, lanzó millones de voltios sobre el cuerpo blando, fofo, rugoso y horriblemente amarillo. El primer trallazo eléctrico le sacudió, el segundo le hizo enrojecer, el tercero azuló su rostro, sus pupilas, su boca babeante y atroz…

Sacudido por los impactos de alta tensión, empezó a ennegrecer, a despedir humo. Un humo maloliente, fétido, irrespirable… Se oscureció hasta una negrura total, crepitante… Por fin, se

desmoronó, se fue despedazando en pavesas, en cenizas que volaban, como fragmentos de papel o tela quemada...

Roger dominó su asco, sus náuseas. Por si algún tejido quedaba vivo en el cuerpo chamuscado e informe, siguió sacudiéndole, llenándole de descargas terribles, hasta agotar la carga del fusil...

Luego, corrió a la muchacha inerte, aún desvanecida...

—¡Suzuki! —jadeó—. ¡Suzuki, pequeña! ¡Ya pasó! ¡Ya pasó todo...!

* * *

—Ya pasó todo...

Lo dijo con un suspiro. Luego, se volvió hacia Roger, sentado a los mandos. Al otro lado del visor, la Tierra se alejó. Se condensaron los nubarrones rojo-grisáceos... Y por fin, la bola del planeta amado, fue solamente eso: una esfera distante, borrosa...

—Sí, Suzuki. Todo pasó —dijo Roger, con un suspiro—. Incluso nuestro mundo queda atrás. Y en él, como últimas víctimas, los cinco hombres de nuestro grupo que hallaron su fin, víctimas del Átomo y sus horrores... Jameson, Zadov, Wagner, Haussman, Nelson... Que Dios dé paz a todos ellos, Suzuki... y nos acompañe a nosotros, allí adonde vamos...

—Allí adonde vamos... —musitó la japonesita, contemplando las estrellas, relucientes en la negrura, por encima de ellos—. Sí, Marcel. Espero que ahora... las estrellas brillen sobre nuestras vidas. Tengo fe. Tengo fe en nosotros... y en que la vida continuará. No importa dónde... pero continuará. Lejos de horrores atómicos, lejos de angustias y de amenazas... en un mundo mejor.

—Un mundo mejor... Ese fue siempre el sueño del hombre, Suzuki. Y ya has visto adónde nos llevó...

Suzuki no dijo nada. Se acercó a Marcel, le rodeó con sus brazos. Él besó su rostro, sus labios, sin moverse del asiento de mando del «Argos».

—Te quiero, Marcel. Te quise desde que te vi. Más aún, desde que oí tu voz... supe que tú significarías algo en mi vida. Y ahora... lo significa todo.

—Suzuki, mi vida... —musitó Roger—. Tú y yo solos... y Dios permite que nos amemos. Es como un milagro.

—Sí, Roger. Dios es bueno. Nosotros fuimos los perversos. Y Dios nos da otra oportunidad. Aún no llegó el Juicio Final. Vuelve la vida. Sé que vamos hacia la vida, Marcel querido...

—Yo también lo sé. No preguntes por qué, pero lo sé... —la miró dulcemente a los ojos—. La negra Eternidad de la muerte, queda atrás... En nuestro mundo sin vida, en nuestro viejo planeta,

vencido y aniquilado por sí mismo… Sólo una duda hay ahora en mí, Suzuki…

—¿Cuál, amor mío?

—Si los siete… si los siete hubiésemos vivido… ¿a quién hubieras elegido tú, Suzuki?

—Tonto… —sonrió ella dulcísimamente—. ¿Y lo preguntas aún? Si no te elegí ya entonces… fue por miedo a los demás. No quise provocar nuevos problemas al grupo.

Le besó. Marcel supo que decía la verdad. Una dulce, maravillosa verdad.

Miró hacia arriba, a través del visor. Las estrellas parecían más brillantes que nunca. Y ellos volaban hacia ellas, llenos de fe y de amor.

Sí, acaso tenían razón. La vida no había terminado.

El ser humano aún tenía abierta su última, su maravillosa puerta, hacia un futuro mejor…

Una puerta hacia las estrellas…

FIN



Escena de la película THE 27th DAY

(Columbia)

Precio en España: 7.-ptas. En Argentina: 12 pesos.